

# ANTOLOGÍA DE LOS POETAS LÍRICOS CASTELLANOS — IX : PARTE SEGUNDA: LOS ROMANCES VIEJOS. IV.

## APÉNDICES A LA «PRIMAVERA Y FLOR DE ROMANCES»

[p. 11] APÉNDICE I.—ROMANCES PROCEDENTES DE MANUSCRITOS, DE PLIEGOS SUELTOS O DE COLECCIONES ANTIGUAS. SECCIÓN DE ROMANCES RELATIVOS A LA HISTORIA Y TRADICIONES DE ESPAÑA

1

### ROMANCES DEL REY DON RODRIGO.—I

#### Romance del conde don Julián

Ya se sale de Toledo—el conde don Julián,  
él y su hija la Cava—muy mal enojados van,  
el conde está muy sañado—cuanto no puede ser más,  
piensa de vender a España—con falsía y con maldad,  
porque pague todo el reino—lo que el rey fuera a pecar  
en deshonor a la Cava—la su hija natural.  
Por hacer mejor su hecho—y su traición ordenar,  
fuérase al rey don Rodrigo,—dice le va a aconsejar,  
las palabras que le dice—son fundadas en gran mal:  
— «Rey Rodrigo, rey Rodrigo,—mi buen señor natural,  
sé que estais muy alcanzado—de moneda y de cabal,  
vos dais muy grande partido,—no lo habeis menester dar,  
a mucha gente de guerra—que en las fronteras están,  
sesenta mil caballeros—todos comen vuestro pan,  
mas de cuatro mil castillos—tenedes que sustentar,  
[p. 12] sin habello menester—ni habello necesidad;  
si tomas, rey, mi consejo—muchos haberes tendrás,  
tendrás tantos de tesoros—que en el mundo no haya más,  
mandareis a los soldados—que se vayan sin tardar  
a sus tierras y lugares—que no les querais dar mas,  
y tambien porque las gentes—no se quieran guerrear,  
mandad deshacer las armas—cuantas en el reino hay,  
y que nadie sea osado—ningunas armas guardar,  
y así estareis en sosiego—y así vivireis en paz.»—  
Al rey le parece bien,—ansi lo fué a mandar,  
que nadie de allí en un mes—pueda más armas tomar  
so pena que por traidor—le mandarán ahorcar.  
Todos maldicen al rey—y al que el consejo fué a dar,  
porque bien veen que no pueden—sino en gran mal redundar,

mas como son apremiados—no podían hacer mas,  
todos deshacen las armas,—nadie las osa guardar,  
las espadas hacen sierras—para madera cortar,  
los yelmos y los escudos—hacen rejas para arar,  
de las otras armas hacen—azadas para cavar,  
unas echan en los pozos,—otras lanzan en la mar.

¡Qué mal consejo que diste,—oh maldito don Julian!  
maldito fuera aquel día—en que te fuiste a engendrar,  
mas valiera que en nasciendo—te lanzaran en la mar,  
que no echaras a perder—a toda la cristiandad.

(Tercera parte de la *Silva*, Zaragoza, 1551, fol. 149 vuelto.)

2

(DEL REY DON RODRIGO.—II)

### **Romance de la destrucción de España**

Cuán triste queda Castilla—sin ventura desdichada,  
despues que el rey don Rodrigo—se perdió en la gran batalla,  
no quedó bandera enhiesta,—la noble gente asolada;  
que el traidor don Julian—con don Opas se acordaba  
en hacer gran traición—a bandera desplegada,  
muy grandes daños se hacen—cruda cosa es lo que pasa,  
que a cuantos pueden haber—pasan a filo de espada,  
matan mujeres y niños,—que ninguno les quedaba,  
las sin ventura doncellas—cada cual se las forzaba,  
muchas reniegan la fé,—cualquier mora se tornaba,  
y lo que más se sintió—y que más pena causaba  
[p. 13] era ver cualquier iglesia—de moros vituperada,  
allí ensalzan a Mahoma—y la su secta malvada,  
un martirizar obispos—y otra gente consagrada,  
ver de tanta cristiandad—tanta sangre derramada,  
daban gritos y gemidos—cada cual segun estaba.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 151 vuelto.)

3

(DEL REY DON RODRIGO.—III)

### **Romance de la Cava**

Gran llanto hace [1] la Cava—con gran dolor y amargura  
desque vió [2] la perdición—y la crueldad tan dura  
y que fué ocasión dello—la su grande hermosura,  
a grandes voces decía:—«Oh mujer de gran locura,

nunca hobieras nascido,—ni se viera tu figura  
pues que tanto mal causaste—y tanta mala ventura.»  
Todos pasan a cuchillo—que no queda criatura,  
hasta a las monjas sagradas—les vino su desventura:  
tú eres perdición de España,—fuego que todo lo apura,  
de tí quedará memoria—para siempre en escritura,  
unos te llamarán diablo,—otros te llamarán (*sic*) diablura,  
otros te llamarán (*sic*) demonio, [3] —otros que eres su hechura,  
yo soy [4] mal aconsejada—y lo hice sin cordura:  
Oh día para mí tan triste—mucho más que noche [5] oscura,  
oh tú gran rey don Rodrigo,—grande fué tu desventura,  
el día que tal heciste [6] —hobo fin tu gran altura,  
asáz pagas con setenas—tu osadía y travesura,  
mucha ponzoña gustaste—con muy poquita holgura. [7]

(Tercera parte de la Silva, 1551, fol. 152 vuelto.- Las variantes son de un pliego suelto de Praga, Wolf, Sammlung, 203.)

[p. 14] 4

## ROMANCES DEL CONDE DE CASTILLA FERNÁN GONZALEZ

(DEL CONDE FERNÁN GONZÁLEZ.—I)

«Buen conde Hernan Gonzalez—el rey envia por vos,  
que vades a las sus cortes—que se hacen en Leon;  
que si vos allá vais, conde,—dar os han buen galardón:  
daros han a Palenzuela—y a Palencia la mayor,  
daros han a Torquemada—la torre de Mormojón,  
os dará las nuevas villas—con ellas a Carrión;  
buen conde, si allá no ides—dar os ían por traidor.»  
—Alli hablara el buen conde—y dixera esta razón:  
—«Mensajero eres, amigo,—no mereces culpa, no;  
que yo no he miedo al rey—ni a cuantos con él son:  
villas y castillos tengo—todos a mi mandar son,  
dellos me dexó mi padre—dellos me tenía yo;  
las que me dexó mi padre—poblélas de ricos hombres,  
las que me ganara yo—poblélas de labradores;  
quien no tenía mas de un buey—dábale otro, que eran dos;  
todos los días del mundo—por mí hacen oración:  
no lo hacen por el rey,—que no lo merece, nó.»

(Síguense dos glosas, la una sobre el romance que dizen *Buen conde Fernan Gonçalez...* Y la otra sobre el romance de *Yo me levantara, madre, mañanica de Sant Juan...* Hechas agora nuevamente por

[p. 1] 5

(DEL CONDE FERNÁN GONZÁLEZ.—II)

El conde Fernan Gonzalez—cabe la villa de Lara,  
mientras la gente se junta—sálese a buscar la caza.  
Dentro en los robles del monte—un puerco se levantara,  
tras él arremete el conde—de los suyos se alejaba.  
Como el puerco corre mucho—el conde le va de zaga.  
En la mayor espesura—con una ermita topara:  
cubierta estaba de yedra,—de muy gran tiempo olvidada.  
Por una pequeña puerta—el puerco dentro se entraba.  
No puede el conde seguirlo—que el caballo le estorbaba;  
era tan espeso el monte—que apenas se meneaba.  
Saltando el conde en el suelo—metió la mano en la espada,  
revolvió su manto al brazo—dentro en la ermita se entraba;  
mas el puerco se acoge—cabe un altar que allí estaba.  
No quiso el conde ferirlo,—mas de hinoyos se fincaba.  
Estando oración haciendo,—un monje viejo asomaba  
con un rosario en la mano,—y una vestidura blanca;  
la barba tiene crecida,—pelada tiene la calva,  
descalzos lleva los pies,—y arrimado a una cayada.  
Palabras que el conde dice—pena le dan en el alma.  
«Buen conde Fernan Gonzalez—el rey Almanzor te aguarda.  
Déjate de montar,—vete a darle la batalla  
que será muy bien ferida—mucha sangre derramada:  
ciento trae para uno,—¡Dios sea, conde, en tu guarda!  
Lo que en ella te viniere—sonará por toda España.  
Sólo te sabré decir—que es mucha tu buena andanza:  
una señal verás, conde,—que te temblará la barba,  
sabe que tus caballeros—desmayarán en mirarla.  
Dos veces has de ser preso;—tu mujer llamarse ha Sancha;  
vete, buen conde, a los tuyos—que por tí lloran en Lara.  
Si bien vinieron tus hechos,—acuérdate desta casa.»  
El conde que al monje escucha,—no le responde palabra;  
mas despidiéndose dél—a los suyos se tornaba.  
Recíbenlo alegremente;—mételes en ordenanza.  
Ya llega el rey Almanzor—para darle la batalla.  
El conde cuenta su gente,—muy poco número halla.  
Poniéndola en un tropel,—a los moros esperaba:  
cuando un caballero suyo—delante todos pasaba,  
arremetiendo el caballo—en ristre pone la lanza;  
corriendo va por el campo;—ambas huestes le miraban:

[p. 16] la tierra se abrió con él—y dentro de sí lo traga;  
luego se tornó a juntar,—como si nada pasara.  
Desde esto el buen conde vido—sus caballeros miraba;  
todos los vió desmayados,—el más fuerte flaco estaba.  
El conde que los vió así,—desta manera les habla:  
«Caballeros castellanos,—¿cómo el corazón os falta  
por un agüero como este?—Vergüenza es ver que os desmaya;  
pues la tierra no nos sufre,—¿quién nos sufrirá en batalla?  
A ellos, amigos míos,—ninguno no se os vaya.»  
Da de espuelas al caballo,—entre los moros se lanza.  
Tanto hizo con los suyos,—que vencedores quedaban.  
En el despojo del campo—muchos tesoros hallaban.  
Su parte dió el conde al monje—por que una iglesia hagan:  
la cual se hizo despues,—que fue Sant Pedro de Arlanza.

(Segunda parte de la *Silva* de Zaragoza, 1550.) [1]

6

(DEL CONDE FERNÁN GONZÁLEZ.—III)

Castellanos y leoneses—arman muy grande cuistiones  
sobre el partir de los reinos—y el poner de los mojones.  
El conde Fernan Gonzalez—con el rey don Sancho Ordoñez  
trátanse de hi de putas,—hijos de padres traidores.  
No les pueden poner treguas—caballeros ni señores,  
si no son dos frailecicos—unos muy benditos monjes.  
El uno es primo del rey,—el otro hermano del conde,  
que se vayan a juntar—al campo de Carrión.  
El uno se va por Burgos—y el otro vá por León.  
Si mucho madrugó el rey—el conde más madrugó;  
a la pasada de un río—los dos ajuntados son:  
el rey iba en una mula,—el conde en un buen trotón.  
Sobre el pasar de los vados—muy mal arrevueltos son:  
los del rey que pasarían,—los del buen conde que non.  
[p. 17] El conde con lozanía—su caballo revolvió;  
con el agua y el arena—al rey mal ensalpicó.  
Allí hablara el rey—con semblante denodado:  
«¿Cómo sois tan loco, el conde?—¿Cómo sois desmesurado?  
Si no fuera por las treguas—de vos me hubiera vengado,  
con vuestra sangre, el conde—hubiera yo vuelto el vado.»  
«Pues para eso (dijo el conde)—mal lo teníades librado.  
Si quereis uno a uno—sinó sean cuatro a cuatro;  
y con las armas parejas—salgamos luego al campo.  
Vos traeis muy gruesa mula,—yo muy ligero caballo;  
vos traeis sayo de seda,—yo traigo un arnés tranzado.

Si vos, rey, teneis espada,—yo venablo en la mi mano.  
Vos traeis treinta de mula,—yo quinientos de a caballo.»  
Esto que oyera el rey—a León se hubo tornado;  
mandó luego llamar cortes,—por los grandes ha enviado.  
Todos ellos son venidos,—solo el conde ha faltado. [1]

(*Maldiciones de Salaya..* con un romance del conde Fernán González  
y otro del Cid. Pliego suelto de la Biblioteca de Bölh de Faber.-Gallardo,  
Ensayo, IV, 315.

[p. 18] 7

## ROMANCES DE LOS INFANTES DE LARA.—I

Sacóme de la prisión—el rey Almanzor un día,  
convidándome en su mesa [1] —fízome gran cortesía.  
Los manjares adobados—mucho fueron a su guisa [2]  
y después de haber yantado—díjome sobre comida:  
«Sábese, Gonzalo Gustios—que entre tu gente y la mía  
en campos de Arabiana—murió gran caballería.  
Hanme traído un presente—enseñártelo quería, [3]  
estas son siete cabezas [4] —por ver si las conocias.»  
Presentólas a mis ojos—descubriendo una cortina,  
conocí mis siete hijos—y el ayo que los regía. [5]  
Traspaséme de dolor—pero viendo que tenían [6]  
de ver mi pecho los moros [7] —me esforzaba y no podía.  
Dióme luego libertad—juré a Arlaja en mi partida  
que me vengaría rabiando—o llorando cegaría. [8]  
Lo primero no cumplí—por ser corta la mi dicha;  
medio [9] estoy de llorar ciego—cumplí la palabra mía.  
Non, pues, Rodrigo el traidor—se contenta ni se olvida [10]  
de darme a manojos penas—faced, mi buen Dios, justicia: [11]  
[p. 19] que porque mis hijos cuente—y los plaña cada día [1]  
sus homes a mis ventanas—las siete piedras me tiran. [2]

(Romancero inédito de la Biblioteca Provincial y Universitaria de Barcelona, descrito  
por Milá en el Jahrbuch für romanische literatur, III, 163.—Romances manuscritos de  
la Biblioteca del Real Palacio en Madrid (2-H-4), apud Menéndez Pidal (R.), *Los Infantes  
de Lara*, 99. Más adelante indicaremos otras versiones de este romance que se encuentran  
en comedias.)

En un monte junto a Burgos—a las sombras de una haya  
 echado esta Rui Velázquez—cansado de andar a caza,  
 la verde hiedra [3] por lecho,—y el brazo por almohada,  
 y el caballo atado a un roble,—del arzón cuelga el adarga,  
 la lanza hincada en tierra,—la mano sobre la espada;  
 y entre sí está pensando—de la más cruel hazaña  
 que hizo jamás christiano—despues que España fué España.  
 —«Sobrinos, los mis sobrinos—los siete infantes de Lara,  
 si me tratárades bien—a mi muger doña Alambra,  
 no muriérades, sobrinos,—en campos de Araviana,  
 ni os quitaran las cabezas—al infante ni a Liarda, [4]  
 y agora un medio morillo—que vuestro hermano se llama  
 dice que me ha de matar—y de mí tomar venganza:  
 nunca lobo a mi ganado—que mayor daño me haga,»—  
 Y estando en estas razones—un caballero asomara:  
 tocado va a la morisca—aunque es la señal christiana,  
 y en medio del pendon trae—una gran cruz colorada.  
 Ruy Velazquez que lo vió—bien pensó que era Mudarra,  
 mas desde que le conoció—quísolo volver la cara.  
 Dijo: «Caballero, espera»—dícele: «Espera, aguarda,  
 [p. 20] que segun las señas traigo—tú eres quien yo buscaba,  
 el que mató a traición—los siete infantes de Lara.»  
 —«Mientes, mientes, vil bastardo,—hijo de una renegada;  
 yo no maté a mis sobrinos—nin en ellos non pensaba,  
 nin a un *parsiento* como tí [1] —non les negaré la cara.»  
 Jugando van los caballos,—blandeando van las lanzas;  
 vase el uno para el otro—recios encuentros se daban,  
 y a los primeros encuentros—Ruy Velazque en tierra daba.  
 Esto que vió Gonzalvillo—del caballo se apeara,  
 hincara la lanza en tierra,—la cabeza le quitara,  
 y en la punta de su lanza—él la poniera hincada.  
 Fuérase para Almodévar—para Almodévar la llana;  
 por las calles de Almodévar—a grandes voces llamaba:  
 —«Salid, damas e doncellas,—las del linaje de Lara,  
 verédes aquí un traidor—en la punta de mi lanza,  
 el que mató a traición—los siete infantes de Lara.

(Poesías de varios autores del siglo XVI, recogidas y copiadas por D. Gregorio Mayans. Ms. autógrafo de 45 hojas, que perteneció a la Biblioteca Salvá-R. Foulché Delbosc, *Revue Hispanique*, 1898, 252-54-. La copia es muy incorrecta: el Sr. Foulché Delbosc hace algunas enmiendas que en general acepto, fuera de las tres que advertiré en las notas.)

Anda Córdoba y su tierra—el pueblo todo alterado,  
 no por mal ni por revuelta—sino de regucijado.  
 Hacen todos algazara—y se tocan con las manos,  
 abrázanse unos a otros—a Mahoma gracias dando,  
 y el comun y principal—sale con gran grita al campo,  
 los menores van a pié—los mayores a caballos,  
 los hombres con ricas lanzas—y los niños griteando,  
 a recibir a Alexante—que de Castilla ha tornado,  
 con la más brava victoria—que jamás volvió pagano.  
 No la guanó bueno a bueno—que un traidor se la ha entregado,  
 y por esta causa el moro—viene muy reguocijado,  
 delante todos los suyos—en un gran caballo bayo,  
 enjaezado a la morisca—con un jaez encarnado.  
 La marlota traía blanca—y el albornoz colorado,  
 el brazo blanco y velloso—hasta el cobdo aremanguado,  
 [p. 21] y en él una rica lanza—y en ella un pendón labrado,  
 por las manos de una mora—de quien era aficionado.  
 Ocho cabezas traía—en el arzón del caballo,  
 colgadas de los cabellos—que se vienen desangrando,  
 las siete son de mancebos—la otra de un viejo anciano.  
 Y en llegando que llegó—a donde se hubo apeado,  
 al viejo Gonzalo Busto—las tristes nuevas le han dado.  
 El viejo que aquesto oyera—el corazón le dió un salto,  
 no porque sabe lo que es—sino que imagina el caso.  
 Mandóle llamar ante él,—las cabezas le ha mostrado;  
 dícele con aguonía:—«¿Conoces algun christiano?»  
 Míralas por todas partes—y límpialas con un paño,  
 y ansí vino a conocer—que eran los que había engendrado.  
 «Santo Dios, grande es mi culpa»—decía el viejo cuitado,  
 muy grande pena merezco—pues tanto apretais la mano,»  
 y diciendo estas razones—un parajismo le ha dado.

(Cancionero ms. de la Biblioteca Nacional, J. 225, fol. 14, v. letra de principios del siglo XVII. Menéndez Pidal, *Los Infantes de Lara*, 114.)

(DE LOS INFANTES DE LARA.—IV)

Despues que *Guonzalo Bustos*—del gran llanto ha descansado  
 que por sus hijos ha hecho—y por el ayo cuitado,  
 triste, ansioso y pensativo—se recostó en un estrado.  
 Mira las ocho cabezas—que Almanzor le ha presentado,  
 y dice, hablando entre sí,—ya del todo trasportado:  
 «Oh tirano don Rodrigo!—¿Qué intolerable peccado

que te hicieron tus sobrinos—que tan mal los has tratado?  
Huélguate, perro alevoso—pues sin razón te has vengado.  
Alaxa, hermana del rei—de quien anda aficionado,  
viendo el triste lamento—se le allegó por un lado,  
y dice: «Guonzalo mío—Bustos, bien de mi cuidado,  
¿qué es del animoso pecho—y aquel esfuerzo sobrado  
con que al mundo resistís—a pesar del duro hado?  
Agora, mi bien, te veo—tan herido y desmayado.»  
Alzó los ojos arriba—y a Alaxa así ha hablado:  
«Señora de mi contento—razón es que esté penado,  
pues me han muerto siete hijos—y al que los había criado;  
y haberlos muerto sin culpa—es lo que más me ha pesado.  
Mas pues esta adversidad—y el verme yo aprisionado  
fué causa que os conociese,—dóilo por bien empleado.

(Ms. J. 225 de la Biblioteca Nacional, fol. 12.—Menéndez Pidal,  
*Los Infantes de Lara*, 116.

[p. 22] 11

(DE LOS INFANTES DE LARA.—V)

El hijo del castellano—habido en la mora Arlaja,  
sale a conocer su padre—de Córdoba donde estaba,  
El buen Mudarra.

Con la mitad de un anillo—que de su madre llevaba,  
porque por él le conozca—el que la otra guardaba,  
A el buen Mudarra.

La sangre real de Bustos—arde en la mezclada masa,  
que aunque el cuerpo a la morisca—lleva el alma a la cristiana,  
El buen Mudarra.

Aspira a el paterno origen—del joven la fatal fama,  
cuidosa de su descuido—que de ser quien es le aparta,  
A el buen Mudarra.

Juzga, según su deseo—que el veloz corredor tarda;  
que aunque en Córdoba los ojos — lleva el pensamiento en Sálas,  
El buen Mudarra.

Pasado el soberbio puente—que el ancho corriente abarca  
la partida seña mira—y entre sí confuso habla  
El buen Mudarra. [1]

(M. J. 225 de la Biblioteca Nacional, fol. 38 vuelto.—Menéndez Pidal,  
*Los Infantes de Lara*.)

## Romance del conde Vélez

Alabose el conde Vélez—en las cortes de León,  
que no hay dueña ni doncella—que le negasse su amor,  
sino fuera el de la infanta—que no se le demandó,  
que si se le demandara—no le dijera de nó.  
Mucho pesó a los hidalgos—cuantos en la corte son,  
mucho más pesó a don Bueso—que adamaba nuevo amor.  
[p. 23] «Una amiga tengo el conde—de quince años que mas non,  
que si me la engañasses—sacasses me el corazón,  
y si no me la engañasses—quedarías por traidor.»—  
Todos fían a don Bueso—y al conde ninguno non,  
sino fuera un infante—que es hijo de un gran traidor»;  
éste fió al conde Vélez—en los cuentos, que más no.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 45 vuelto.)

13

## Romance del rey don Alonso (el Sabio)

El triste rey don Alonso—viviendo a más andar,  
su hijo el rey don Sancho—desheredado lo ha;  
con lágrimas de sus ojos—estas trobas fué a trobar:  
«Santa María señora,—no me querais olvidar,  
caballeros de Castilla—desamparado me han,  
que por miedo de don Sancho—no me osan ayudar;  
ha hecho darme sentencia,—no seré para reynar,  
véome viejo y cano,—flaco para pelear,  
haré una galera negra—que denote mi pesar,  
e sin gobierno ninguno—me porné por la alta mar,  
navegando de contino—por las venturas buscar,  
que ya así hiciera otro rey—para haber de gobernar,  
Apolino fuera aqueste—yo fuera otro que tal.»  
Y acabadas las sus trobas—un criado fué a llamar,  
diérale la su corona—y que la fuese a empeñar,  
que don Sancho el deseado—no le había dejado más,  
y la llevase allende—al rey moro Abenaraf;  
viendo el moro la corona—hubo mucha piedad,  
llamara sus caballeros,—allí les fué a hablar:  
«Sabed, los mis caballeros—una grande novedad,  
que don Sancho a don Alonso—desposeido lo há,  
enviame su corona,—que le dé con qué pasar,  
¿qué os parece, los mis moros?—En esto me aconsejad.»  
Allí habló un moro viejo,—viejo y de mucha edad:  
«A tal hombre como Alonso—bien le debeis de ayudar,  
que muy caro se te vende—quien se te vá a encomendar.»

Él tomó el buen consejo,—mandó al cristiano llamar,  
dióle sesenta mil doblas—sin la corona tomar,  
díjole: «Dirás Alonso—mucho se quiera esforzar,  
cincuenta mil de caballo—le pasarán ayudar,  
y si estos no son parte—yo enviaré muchos más.»

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 81 vuelto.- Mucho más antiguo y mejor texto que el de Sepúlveda reimpresso en la *Primavera*, n.º 63.

[p. 24] 14

ROMANCES DEL REY DON PEDRO DE CASTILLA LLAMADO  
EL CRUEL.—I

(De la muerte del señor de Vizcaya)

Yo me fui para Vizcaya—donde estaban los hidalgos,  
que mandado me lo había—don Pedro mi primo hermano,  
por virtud de aquel derecho—que tenía por ser casado  
con doña Isabel de Lara—señora de lo asturiano;  
el rey hizo hacer la junta—y él en ella se ha hallado,  
mandara a los vizcainos—que fuese por rey jurado,  
y con este tal concierto—yo me partiera a Bilbao,  
y el rey me invió a llamar—que viniese a su palacio,  
yo infante sin ventura—cumplí luego su mandado;  
llegado a la primera puerta—cubierto me ha negro hado,  
entrara yo triste solo,—luego tropezó el caballo;  
cuando entré por la segunda—falléme sin nadie al lado,  
cuando llegué ante el rey—hallélo muy demudado.  
Dixe:—Dios os guarde, rey,—respuesta no me ha tornado,  
un buen puñal que traía—quitaron me lo burlando,  
y el ballestero Juan Diente—con la su maza le ha dado,  
y el infante a Juan Fernández—se llegó desatinado;  
Juan Fernandez que le vido—sacó su espada y dió un salto:  
—Allá, allá, dixo, infante,—que allá fallareys recaudo.»  
Allegó Gonzalo Recio—y muy gran golpe le ha dado  
que los sesos del infante—en la cara al rey han dado,  
el rey don Pedro al infante—por las ventanas ha echado,  
diciendo a los vizcainos:—Ved vuestro señor honrado.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 43 vuelto.)

Teniendo el rey don Pedro—su real fortalecido  
en esa tierra de Nájera—en campo que Azofra es dicho,  
contra el conde don Henrique—por mal querencia que ha habido  
un día estando en su tierra—un clérigo allí ha venido,  
dice le quiere hablar—en puridad y escondido.

[p. 25] El rey don Pedro con él—en una pieza se ha metido,  
el clérigo con esfuerzo—estas palabras le ha dicho:  
«Rey don Pedro, rey don Pedro, —si supieses lo que sabido (*sic*)  
no estarías tan descansado—ni ternías de tí olvido.  
Sabe que por revelación (*sic*)— del señor Santo Domingo  
he sabido que estás tú—en grandísimo peligro,  
porque ese conde tu hermano—gran traición te ha urdido  
y si no te vengas dél—no puedes escapar vivo,  
porque el mesmo con sus manos—te dará cruel martirio:  
mira bien lo que te digo—y no lo echés en olvido,  
porque assina te verná—si no haces lo que digo,  
y es que con muy gran presteza—ordenes sea prendido  
y tenle en tus prisiones—hasta que haga paz contigo:  
mira bien que no le sueltes,—que no hagas con él partido,  
no pares hasta hacer paces—o habelle destruido,  
mira que te verná mal—si no haces lo que dicho (*sic*);  
ten en mucho este consejo,—ten en mucho este aviso,  
que no es menos que librarte—tornarte de muerto vivo,  
ya vees en el gran peligro—en que tú estabas metido,  
no podías escapar—si no fueses socorrido,  
no desprecies el aviso—que del cielo te ha venido.»  
Don Pedro desde que lo oyó—algo se hobo estremecido,  
mas con dissimulación—en muy poco lo ha tenido,  
piensa el clérigo lo dice—por haber algun roido.  
Despues que un rato ha pensado—en lo que el clérigo ha dicho  
llama a sus altos hambres (*sic*)— los que allí han venido (*sic*);  
despues de todos juntados—estas palabras les dijo:  
«¿Qué os parece, caballeros,—deste caso acontecido?  
Gran traición me estaba armada,—Dios vivo me ha socorrido;  
oid lo que dice el clérigo,—oiréis un gran peligro,  
roas yo creo ciertamente—que es ello todo fingido  
y que el clérigo lo dice—por armar algun roido;  
manda luego sin tardar—que cuente lo que ha sabido  
por la revelación (*sic*)— del señor Santo Domingo.  
Despues que lo hubo contado—lo mandó llevar asido,  
pensando mucho en el caso—por burla lo ha tenido;  
mandó que sin dilación—el clérigo sea metido  
en una grande hoguera—lo ha mandado quemar vivo,  
porque el rey siempre creyó—que todo era fingido.

## ROMANCE DE LA MUERTE DEL REY DON PEDRO.—III

Encima del duro suelo—tendido de largo a largo  
muerto yace el rey don Pedro—que le matara su hermano;  
nadie lo osa alzar del suelo,—nadie quiere sepultallo,  
antes la gente plebeya—querían despedazallo,  
por ser hombre tan cruel—y tan mal complexionado;  
ninguno llora por él—nadie le haze por el llanto,  
todos lo tienen por bien,—huelgan de velle finado,  
bendicen a don Enrique,—que es el que lo había matado,  
todos decían a una:—«Oh buen rey Henrique honrado,  
Dios te dará galardón—por el bien que has causado  
en apartar deste mundo—a un tal cruel tirano.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 79 vuelto.)

16

**Romance del conde de Luna**

El rey don Juan el segundo—dijo un día andando a caza  
al infante don Fadrique—que conde de Luna se llama,  
que a don García Fernández—le fuesse a ver a la cama;  
no le plugo desto al conde—que él ya se lo sospechaba,  
el conde de Castañeda—a su casa lo llevaba;  
desque fueron dentro en ella—hiciéronle mala habla:  
«Sed preso, conde de Luna,—que el rey por mí os lo manda,  
porque os alzais con Sevilla,—con Sevilla y con Triana,  
y robais los mercaderes—que por esta tierra pasan,  
y forzais vos las doncellas,—esas que mas os agradan.»  
—«El rey bien puede prenderme,—mas de mí mal se informara;  
que no he revuelto a Sevilla—ni nunca dueña forzara»;  
mas el rey dende a dos días—Alonso Gonzalez manda  
que lo lleven luego a Olmedo—hasta ver que dél se haga  
y le pongan en Braezne (*sic*)— que el castillo así se llama;  
hízolo Alfonso Gonzalez—como el rey se lo mandara,  
y la hacienda que él tenía—luego se la secrestaban,  
a Ixara y Millarán—el conde lo enagenara;  
esa condesa de Nieva—vino al rey que era su hermana,  
a suplicar perdone al conde (*sic*)— mas el rey no hizo nada,  
acabó el conde de Luna en la prisión donde estaba.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 80 vuelto.)

## Romance de los Infantes de Aragón

Alburquerque, Alburquerque,—bien mareces ser honrado;  
 en tí están los tres infantes—hijos del rey don Fernando.  
 Desterrélos de mis reinos,—desterrélos por un año;  
 Alburquerque era muy fuerte,—con él se me habían alzado.  
 ¡Oh don Álvaro de Luna,—cuán mal que me habías burlado!  
 Dixísteme que Alburquerque—estaba puesto en un llano,  
 véole yo cavas hondas—y de torres bien cercado;  
 dentro mucha artillería,—gente de pié y de caballo,  
 y en aquella torre mocha—tres pendones han alzado,  
 el uno por don Enrique,—otro por don Juan su hermano,  
 el otro era por don Pedro,—infante desheredado.  
 Álcese luego el Real—que excusado era tomallo.

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos XV y XVI* (Madrid, 1890), n.º 321. El *Cancionero de Palacio* que sirve de texto al de Barbieri no trae más que los cuatro primeros versos del romance: los restantes se han tomado de otro manuscrito de la Biblioteca Nacional (F-18). El hecho histórico a que se refiere pertenece al año 1430. (Véase la Crónica de D. Juan II.)

## ROMANCES FRONTERIZOS

### ROMANCE FRONTERIZO.—I

#### Del cerco de Baeza

Cercada tiene a Baeza—ese arráez Andalla Mir  
 con ochenta mil peones—caballeros cinco mil.  
 Con él va esse traidor—el traidor de Pero Gil.  
 Por la puerta de Bedmar—la empieza de combatir;  
 ponen escalas al muro;—comienzan le a conquistar;  
 ganada tiene una torre—non le pueden resistir,  
 cuando de la de Calonge—escuderos vi salir.  
 Ruy Fernandez va delante—aquese caudillo ardil;  
 arremete con Andalla,—comienza de le ferir,  
 cortado le ha la cabeza;—los demás dan a fuir. [\[1\]](#)

(Argote de Molina, *Nobleza de Andalucía*, fol. 287 vuelto.)

**Romance de Maymón, alcaide de Ronda**

De Ronda sale el alcaide—Maymon por nombre llamado,  
caballero en una yegua—de fuertes armas armado.

[p. 29] Una marlota vestida—de terriopelo encarnado,  
de alto abajo guarnecida—de espineta y gandujado,  
y el capellar que traía—de damasco bandeado  
con mil piedras cristalinas—por todo el campo sembrado;  
fluecos de oro y plata fina—por guarnición lleva echado,  
dos lagartos de oro fino—con que lo lleva abrochado;  
las asiones son de ante—y el estribo era dorado,  
las espuelas son de plata—y el borceguí deribado  
de cordobán de Turquía—por los cantos argentado,  
las rodillas descubiertas—mostrando ser esforzado;  
la barba lleva cortada,—todo el rostro demudado;  
en su mano gruesa lanza—todo el brazo arremangado;  
una toca en su cabeza,—todo el cabello encrespado;  
en el adarga traía—un Mahoma figurado  
de bordadura de plata,—los oscuros de morado;  
en sus manos una luna—con un sañudo mirado;  
los ojos vueltos al cielo—con semblante apasionado  
y la silla de la yegua—era de fino brocado  
con alcarchofas bordadas—de oro fino martillado.  
Diez moros lleva consigo—por ir a mayor recado,  
naturales de Moclin—moros diestros de a caballo.  
Camino va de Alburquerque—ese castillo nombrado,  
en busca de don Rodrigo—de Sotomayor llamado,  
a demandalle la muerte—de Celin su padre amado  
que lo mató en Antequera—siendo dél desafiado.  
Caminando juntamente—Alburquerque han allegado,  
dó mandó a sus caballeros—de quien iba acompañado,  
que pongan su rica tienda—en un deleytoso prado,  
que junto a la villa estaba—de puertas acompañado,  
do pidió papel y tinta—antes de haberse apeado.  
Lo que Maymón escribía—diré si no estoy olvidado:  
«Don Rodrigo, don Rodrigo—serás por esta avisado,  
que tendrás campo conmigo—que te soy aficionado;  
porque tu gran valentía—y tu cuerpo apersonado  
es notorio por el mundo—y en África eres nombrado;  
mas oltra de todo aquesto—soy a matarte obligado,  
pues te atreviste a matar—aquel que me hubo engendrado.  
Vista mi letra, saldrás—apercebido y armado:  
de treinta te doy licencia—que salgas bien rodeado,  
todos con armas debidas—con que cada uno es armado;

que yo haré conocerte—mi grandeza y alto estado,  
sacándote el corazón—por quedar mejor vengado;  
el cual llevaré a Antequera,—como dejo concertado,  
donde mis moros le vean—de quien es bien deseado.»  
La carta dió al mensajero—y del moro se ha apartado  
y en cantidad de una hora—dentro en Alburquerque ha entrado,  
[p. 30] y a grandes voces el moro—por palacio ha preguntado.  
Don Rodrigo que lo vido—al mensajero ha llamado;  
el moro le dió la carta,—esta respuesta le ha dado:  
«Dile a Maymón tu señor—que está mal aconsejado,  
que con sola mi persona—daré fin a su cuidado;  
que para solo once moros—basta un cristiano avisado  
con las armas de la fé—de Cristo crucificado,  
llevando cruz por escudo—con la misma fé abrazado,  
con espada de justicia—en caridad enflamado,  
con lanza de fortaleza—y caballo regalado  
que se llama temperanza;—y el espaldar pavonado  
será el corazón de Cristo—por mí roto y lastimado;  
digo por mi redención—rompido y ensangrentado;  
y la sagrada María—de quien yo soy abogado  
será la celada fuerte—con que tengo de ir tocado.»  
Con estas armas su gente—en un punto lo han armado  
y con un veloz correr—salió todo encarnizado.  
El moro quando lo vido—de la yegua se ha apeado  
y en lugar de señorío—a don Rodrigo ha abrazado;  
y asi haziendo lo mismo—don Rodrigo se ha apartado.  
El moro sube en la yegua,—don Rodrigo en su caballo;  
el moro llama a Mahoma—en su esfuerzo confiado  
y don Rodrigo en su pecho—a Dios que el mundo ha criado.  
Vanse el uno para el otro,—recios encuentros se han dado:  
el moro con gallardía—su lanza le había arrojado  
pensando de aqueste encuentro—acabar lo comenzado;  
mas fue vana la esperanza—y Rodrigo libertado,  
que cayó la lanza en tierra—terciándose en el costado.  
Don Rodrigo es animoso—y en la lanza muy usado,  
que le dió un encuentro al moro—con el cual mal de su grado  
le hizo perder la rienda—en un muslo lastimado.  
Los diez moros que esto vieron—prestamente han cabalgado  
y el alcayde con sus moros—mal herido y afrentado  
por el campo van huyendo—y en un soto se han entrado.  
Don Rodrigo que lo vido—grandes voces les ha dado:  
«Venid, alcaide, por lana—y volvereis trasquilado.»  
y así se volvió a Alburquerque—con la honra que ha ganado.

(Pliego suelto de la Biblioteca de Cracovia. Impreso en Granada  
por Hugo de Mena.— Noticia del doctor Eduardo Porebowicz,

ROMANCE FRONTERIZO.—III

**Romance de Hernandarias**

«Buen alcaide de *Canete*,— mal consejo habeis tomado  
en correr a Setenil,— *hecho se había* voluntario;  
harto hace el caballero—que guarda lo encomendado;  
pensasteis correr seguro—y celada os han armado.  
Hernandarias Sayavedra,—vuestro padre os ha vengado,  
cá acuerda correr a Ronda—y a los suyos vá hablando  
el mi hijo Hernandarias—muy mala cuenta me ha dado,  
encomendéle a Cañete—él muerto fuera en el campo,  
nunca quiso mi consejo,—siempre fué mozo liviano,  
que por alancear un moro—perdiera cualquier estado,  
siempre esperé su muerte—en velle tan voluntario,  
mas hoy los moros de Ronda—conocerán que le amo.»  
A Gonzalo de Aguilar—en celada le han dexado;  
viniendo a vista de Ronda—los moros salen al campo,  
Hernandarias dió una vuelta—con ardid muy concertado  
y Gonzalo d'Aguilar—sale a ellos denodado,  
blandeando la su lanza—iba diciendo: «Santiago  
a ellos, que no son nada;—hoy vengüemos a Fernando.»  
Murió allí Juan Delgadillo—con hartos buenos cristianos,  
mas por las puertas de Ronda—los moros iban entrando,  
veintinco traía presos,—trescientos moros mataron,  
mas el buen viejo Hernandarias—no se tuvo por vengado.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 82 vuelto. Es una variante de los números 73 y 74 de la *Primavera*)

**Romance de la pérdida de Antequera**

En Granada está el rey moro,—que no osa salir della:  
de las torres del Alhambra—mirando estaba la vega,  
miraba los sus moriscos—cómo corrían la tierra;  
el semblante tiene triste,—pensando está en Antequera;  
de los sus ojos llorando—estas palabras dijera:  
—«¡Antequera, villa mía,—oh quién nunca te perdiera!  
[p. 32] Ganóte el rey don Fernando,—de quien cobrar no se espera:

¡Si le pluguiese al buen rey—hacer conmigo una trueca,  
que le diese yo a Granada,—y me volviese Antequera!  
No lo hé yo por la villa,—que Granada mejor era,  
sino por una morica—que estaba de dentro della,  
que en los días de mi vida—yo no vi cosa más bella:  
blanca es y colorada—hermosa como una estrella,  
sus cabellos son más que oro,—que el oro dellos naciera,  
las cejas arcos de amor—de condición placentera,  
y los ojos, dos saetas—que en mi corazón pusiera,  
sus manos Deytebo (*sic*) son—no fué tan graciosa Elena.  
¡Ay, morica, que mi alma—presa tienes en cadena! [1]

(Timoneda, *Rosa de Amores*, fol. 63 vuelto.— Wolf, *Rosa de Romances*, pág. 82.—Durán, *Romancero General*, núm. 114.)

22

### **Romance de la entrega de Ronda**

(FRAGMENTO)

Pascua d'Espíritu Santo,—domingo, primero día,  
a las cinco de la tarde—cabalgó como solía  
ese buen rey don Fernando—con su gran caballería:  
fué a mirar a Ronda—cómo sola combatía;  
a poca pieza de rato—un mensajero venía,  
como los moros de Ronda—se daban con pleitesía,  
Allí respondió el rey..... [2]

(Barbieri, *Cancionero musical de los siglos XV y XVI*, número 331.)

[p. 33] 23

### **Romance del cerco de Baza**

Sobre Baza estaba el rey,—lunes, despues de yantar;  
miraba las ricas tiendas—qu'estaban en su Real;  
miraba las huertas grandes—y miraba el arrabal,  
miraba el adarve fuerte—que tenía la ciudad;  
miraba las torres espesas—que no las puede contar.  
Un moro tras una almena—comenzóle de hablar:  
—«Vete, el rey don Fernando,—non querrás aquí envernar,  
que los fríos desta tierra—no los podrás comportar;  
pan tenemos por diez años,—mil vacas para salar;  
veinte mil moros hay dentro—todos de armas tomar,

ochocientos de caballo—para el escaramuzar;  
siete caudillos tenemos,—tan buenos como Roldán,  
y juramento tienen fecho—antes morir que se dar.» [\[1\]](#)

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos XV y XVI*, número 330.)

[p. 34] 24

#### ROMANCE FRONTERIZO.—IV

##### **Romance del rey Chico que perdió a Granada**

El año de cuatrocientos—que noventa y dos corría  
el rey Chico de Granada—perdió el reino que tenía.  
Salióse de la ciudad—un lunes a medio día,  
cercado de caballeros—la flor de la Morería.  
Su madre lleva consigo—que le tiene compañía.  
Por ese Genil abajo—el rey Chico se salía,  
pasó por medio del agua—lo que hacer no solía,  
los estribos se han mojado—que eran de grande valía.  
Por mostrar mas su dolor—que en el corazón tenía,  
ya que esa áspera Alpujarra—era su jornada y vía,  
desde una cuesta muy alta—Granada se parecía.  
Volvió a mirar a Granada,—desta manera decía:  
«Oh Granada la famosa—mi consuelo y alegría,  
oh mi alto Albayzin—y mi rica Alcaycería,  
oh mi Alhambra y Alijares y mezquira de valía,  
mis baños, huertas y ríos—donde holgar me solía;  
¿quién os ha de mí apartado—que jamás yo vos vería?  
Ahora te estoy mirando—desde lejos, ciudad mía;  
mas presto no te veré—pues ya de tí me partía.  
¡Oh rueda de la fortuna,—loco es quien en tí fía:  
que ayer era rey famoso—y hoy no tengo cosa mía.»  
Siempre el triste corazón—lloraba su cobardía,  
y estas palabras diciendo—de desmayo se caía.  
Iba su madre delante—con otra caballería;  
viendo la gente parada—la reyna se detenía,  
y la causa preguntaba—porque ella no lo sabía.  
Respondióle un moro viejo—con honesta cortesía:  
«Tu hijo mira a Granada—y la pena le afligía.»  
Respondido había la madre,—desta manera decía:  
«Bien es que como mujer—llore con grande agonía  
el que como caballero—su estado no defendía.»

colección de 26 piezas del mismo género, salidos todos ellos de las prensas de Hugo de Mena en Granada de 1566 a 1573.—Noticia sobre estos romances (en polaco) por el doctor Eduardo Porebowicz, Cracovia, 1891, páginas 27-29.)

[p. 35] 25

### Romance de la muerte del príncipe de Portugal

Ay, ay, ay! qué fuertes penas!

Ay, ay, ay! qué fuerte mal!

Hablando estaba la reina—en su palacio real  
con la infanta de Castilla,—princesa de Portugal.

Ay, ay, qué fuertes penas!

Ay, ay, qué fuerte mal!

Alli vino un caballero—con grandes lloros llorar:  
«Nuevas te traigo, señora,—dolorosas de contar.

Ay, ay, qué fuertes penas!

Ay, ay, qué fuerte mal!

Ay! no son de reino extraño—de aquí son, de Portugal:  
vuestro príncipe, señora,—vuestro príncipe real...

Ay, ay, qué fuertes penas!

Ay, ay, qué fuerte mal!

Es caido de un caballo—y l' alma quiere dar;  
si lo queredes ver vivo—non querades detardar.

Ay, ay, qué fuertes penas!

Ay, ay, qué fuerte mal!

Allí esté el rey su padre—que quiere desesperar,  
Lloran todas las mujeres—casadas y por casar.

Ay, ay, qué fuertes penas!

Ay, ay, qué fuerte mal!

(Manuscrito francés de fines del siglo XV. Publicado por Gastón París, Romania, n.º 3, pág. 373 y siguientes.)

[p. 36] 26

### Romance del duque de Gandía

A veinte y siete de julio,—un lunes en fuerte día,  
allá en Roma la sancta—gran llanto se hacía:

lloran duques, lloran condes,—llora la caballería,

lloran obispos, arzobispos—con toda la clerecía,

llora la corte Romana:—todos en comun decían:

«Tres días há con sus noches—que el duque no parecía.»

Mandó pregonar por Roma,—por toda la clerecía,

cualquier que al duque fallare—mil ducados le darían  
de buen oro y de buen peso—luego se los pagarían.  
Desque vieron los españoles—qué diligencia ponían,  
búscanlo de casa en casa—al buen duque de Gandía.  
Por ahí viniera un barquero—que viniera rio arriba;  
besó las manos al Sancto Padre—e los pies con grande estima.  
Allí fabló el Sancto Padre:—bien oiréis lo que decía:  
«En hora buena vengas, hombre;—buena sea tu venida.  
Díme ¿traes nuevas del duque—de mi hijo, de Gandía?»  
—«Yo no traigo nueva cierta,—ni de cierto lo sabia;  
mas fuí estando esta noche,—señor, por ganar mi vida,  
oí un gran golpe en el río—que todo el río sumía.  
Quizá por el su pecado—será el duque de Gandía.»  
Toman barcos y bateles—cuantos en Roma había.  
Rio arriba, rio abajo—buscan al duque de Gandía.  
Mas aquel mesmo barquero—que las nuevas traido había,  
echó los hierros en el agua,—con el duque topado había.  
Desque le hobieron sacado,—señores, era mancilla:  
tenía siete puñaladas—todas de mala herida;  
degollado por la garganta,—que él tal mal no merecía;  
una gran piedra al pescuezo—todo el cuerpo le sumía;  
un sayo arcarchofado—que un cuento y más valía,  
un jubón de cetí negro—que se vistió aquel día.  
Un cinto de cadenas de oro—que tres mil ducados valía;  
otros tantos en la bolsa—y dende arriba sería.  
Por ende mirad, señores—y poneldo en mal estima  
que los que al duque mataron—por dineros no lo habían.  
Habíanlo por el malogrado—del buen duque de Gandía.  
Volvamos al Sancto Padre—de las cosas que hacía:  
hincó las rodillas en tierra—a Dios su oración hacía;  
llorando de los sus ojos—de la su boca decía:  
«¿Quién te mató, mi hijo,—y matárteme quería?  
[p. 37] ¡Malditos sean de Dios,—tambien de Sancta María!  
¡Lo que yo maldigo en la tierra—en el cielo se maldecía!»  
Allí fabló un arzobispo—que de la traición sabía:  
«No los maldiga tu Sanctidad—ni los quiera maldecir,  
que los que al duque mataron—llevan atan gran pecado,  
bien contado no sería.....  
Allí fabló el Sancto Padre:—bien oiréis lo que decía:  
ambas rodillas hincó—como antes hecho había:  
«¡Benditos sean de Dios—tambien de Sancta María  
los que a mi hijo mataron,—perdónolos por mi vida!»  
Mandó traer las cruces,—cuantas en Roma tenía,  
con toda la clerecía—traen al duque de Gandía,  
llévanlo a Sancta María—del Pópulo que ende había,  
..... y ahí lo entierran aquel día

y un rótulo le pusieron—en su sepultura encima:  
«Aquí yace el malogrado—del buen duque de Gandía,  
del cual Dios haya merced—perdonando sus pecados  
y de todos los culpados. Amen.

(«Comienza un razonamiento por coplas en que se contrahace la Germanía....con otras dos maneras de romance... fechas por Rodrigo de Reinosa.» Pliego suelto gótico de la Biblioteca de Campo-Alange, hoy de la Nacional, Gallardo, Ensayo, IV, 1410. —Durán *Romancero*, núm. 1.252, con muchas enmiendas, según su costumbre.)

### **Romance de la dolorosa muerte del duque de Gandía**

A veinte y siete de julio,—un lunes en fuerte día  
all  en Roma la sancta—grande llanto se hacía,  
por la muerte del buen duque—que se llama de Gandía:  
lloran duques, lloran condes,—lloraba la clerecía,  
por tres días, con sus noches—que el duque no parecía.  
Mandan pregonar por Roma,—y el pregón así decía:  
que cualquier que al duque hallase—mil ducados llevaría.  
Visto por los españoles—que tal pregón se hacía,  
buscaban de casa en casa—al gran duque de Gandía.  
Al papa vino un barquero—que en Tíber pescar solía,  
las rodillas por el suelo,—de esta suerte proponía:  
« igame tu Santidad,—gran señor, si te plac a.»  
—«Di, barquero, tu embajada,—que oida te sería.  
 Traes nuevas por ventura—de ese duque de Gandía?»  
—«Yo no traigo nueva cierta—aunque traerla quería:  
y es que estando aquí esta noche,—casi la una sería,  
[p. 38] v  tres hombres abrazados—que lidiaban a porfía,  
todos tres en una puente—y despues v  que ca a  
uno dellos en el agua; —esto es lo que yo sabía.»  
En oir aquesto el papa—muy turbado se sentía:  
mandó juntar los barqueros—y a todos les prometía,  
que a cualquier que lo hallase—grandes dones le daría.  
Toman barcos y bateles—cuantos en el río había,  
rio arriba, rio abajo,—buscale quien más podía.  
Mas aquel mesmo barquero—que la relación hacía,  
ech  los garfios en el agua,—con ellos al duque as a.  
Desde lo hubo sacado—muy gran mancilla ponía:  
siete puñaladas tiene,—todas de mortal herida,  
por el cuello degollado,—aunque no lo merecía;  
una piedra a la garganta—con que el cuerpo le sumía,  
un alcarchofado sayo—su lindo cuerpo vestía,  
un jubon de raso negro—que se vistiera aquel día,

una gran cadena al cuello—que mil ducados valía,  
otros tantos en la bolsa—y otras joyas de valía.

Entonces de verlo así—toda la gente decía:  
«Aquel que al duque mató—por dineros no lo había,  
sino por el mal logrado—del buen duque de Gandía.»

Visto por el Padre Santo—a Dios oración hacía:  
«¡Malditos sean de Dios,—tambien de Santa María  
los que a mi hijo mataron,—todo mi bien y alegría.»  
Ahí estaba un arzobispo—que de la traición sabía,  
respondiendo al Padre Santo—de esta suerte respondía:  
«No los maldigas, señor,—que no es cosa que cumplía,  
que los que al duque mataron—ya pasan de Lombardía.»

Oyendo esto el Padre Santo—a su oración se volvía:  
las rodillas por el suelo—de esta suerte proseguía:  
—«Benditos sean de Dios—tambien de Santa María  
los que a mi hijo mataron—con tan grande alevosía:  
absuélvolos desde aquí,—pues Dios así lo quería.»

(Timoneda, *Rosa Gentil*, fol. 62 vuelto.- Wolf, *Rosa de Romances*,  
60.-Durán, *Romancero*, n.º 1.251) [\[1\]](#)

### **Romance de La Serrana de la Vera**

Allí en Garganta la Olla,—en la Vera de Plasencia,  
salteóme una serrana,—blanca, rubia, ojimorena.

[p. 39] Trae el cabello trenzado—debajo de una montera,  
y porque no la estorbara—muy corta la faldamenta.

Entre los montes andaba—de una en otra ribera,  
con una honda en sus manos y en sus hombros una flecha.

Tomárame por la mano—y me llevara a su cueva:  
por el camino que iba—tantas de las cruces viera.

Atrevíme y preguntéle—qué cruces eran aquellas,  
y me respondió diciendo—que de hombres que muerto hubiera.

Esto me responde y dice—como entre medio risueña:  
—«Y así haré de tí, cuitado,—cuando mi voluntad sea.»

Dióme yesca y pedernal—para que lumbre encendiera,  
y mientras que la encendía—aliña una grande cena.

De perdices y conejos—su pretina saca llena,  
y despues de haber cenado—me dice: «Cierra la puerta.»

Hago como que la cierro,—y la dejé entreabierta:  
desnudóse y desnudéme—y me hace acostar con ella.

Cansada de sus deleites—muy bien dormida se queda,  
y en sintiéndola dormida—sálgame la puerta afuera.

Los zapatos en la mano—llevo porque no me sienta,

y poco a poco me salgo—y camino a la ligera.  
Mas de una legua había andado—sin revolver la cabeza,  
y cuando mal me pensé—yo la cabeza volviera.  
Y en esto la ví venir—bramando como una fiera,  
saltando de canto en canto,—brincando de peña en peña.  
—«Aguarda (me dice), aguarda,—espera, mancebo, espera,  
me llevarás una carta—escrita para mi tierra.  
Toma, llévala a mi padre,—dirásle que quedo buena.»  
—«Enviadla vos con otro—o sed vos la mensajera.»

(Amenidades, florestas y recreos de la provincia de la Vera Alta y Baja en la Extremadura...compuesto por D. Gabriel Azedo de la Berrueza. Madrid, 1677.- Barrantes, Narraciones Extremeñas, s. a., 1, 15-18. [\[1\]](#))

[p. 40] 29

### **Romance de Moriscote**

A las armas, Moriscote—si las has en voluntad:  
los franceses son entrados—los que en romería van;  
entran por Fuenterrabía—salen por San Sebastián...

(Libro de música para vihuela, intitulado «Orphenica Lyra...». compuesto por Miguel de Fuenllana... Sevilla, 1564.) [\[1\]](#)

**[p. 41] Aquí comieça un romace con su glosa trobado por el de Moriscote aplicado a otro mejor sentido: co un villancico de "llama Dios al pecador" nuevamete compuesto.**

A las armas, rey del cielo,—pues las has de voluntad,  
los traidores son entrados,—los que engañaron a Adam.  
entraron por su pecado—y por (la) tu muerte saldrán,  
no se esconden los tiranos—que muy descubiertos van,  
del reino se apoderaron—y en él seguros están,  
las leyes que en él han puesto—son como los que las dán,  
que unos a otros se maten—y ellos les ayudarán,  
que aborrezcan a su rey—y su Dios y capitán,  
el premio que les ofrecen—que por siempre durarán  
en los eternos tormentos—que nunca se acabarán;  
bravos son los enemigos—y muy poderosos ván,  
no hay poder sobre la tierra—que se les pueda igualar  
Señor, si no nos visitas,—no se puede hombre salvar.  
Cuando lo oyó el verbo eterno—determina de encarnar  
en el vientre de María—la Virgen pura sin par,  
Nació en pobre portalejo—por las pompas despreciar,

pobres paños le han vestido—por mejor disimular,  
en pesebre reclinado,—un asno y un buey a par;  
en señal del gran rescate—quiso en naciendo llorar,  
lo que su corazón dice—bien es de considerar:  
«Treinta y tres años cumplidos—tengo de peregrinar,  
porque la natura humana—se pueda recuperar  
de la gracia y la justicia—que perdió por el manjar;  
para darle nueva vida—la mía tengo de dar,  
las armas son mis arreos,—mi descanso es pelear, [1]  
mi cama el duro pesebre,—mi dormir siempre es velar,  
lágrimas es mi beber,—desconsuelo es mi manjar,  
mi aposento es en la cruz—donde tengo de expirar,  
de mis ropas despojado—en suertes las han de echar:  
por amores de mi amada,—esto y más he de pasar.»

30

### **Romance de asunto desconocido**

Triste está la reina, triste,—triste está que no reyendo,  
asentada en su estrado—frangas de oro está texendo.

[p. 42] Las manos tiene en la obra—y el corazón comiendo,  
los pechos l'están con rabia—ansiosamente batiendo.  
Lágrimas de los sus ojos—hilo a hilo van corriendo,  
palabras muy lastimeras—por su boca está diciendo.

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos XV y XVI*, número 334. Con  
música de Contreras.) [1]

### **[p. 43] ROMANCES**

#### **NOVELESCOS Y CABALLERESCOS SUELTOS**

31

### **Romance de la Reina de las Amazonas**

Por los montes de Carasco—que están en el medio día,  
ví asomar una bandera—de incomparable valía,  
de raso verde y morado—trenada de argentería,  
con unas franjas de oro—tambien la cordonería,  
el asta era de marfil—a donde puesta venía  
con un mote rodeada—que desta suerte decía:  
«Donde falta la ventura—no aprovecha la valentía.»  
Trecientas damas de guarda—esta bandera traía

con sus flechas y carcaxes—tocadas de gallardía,  
con unas escofias de oro—a guisa de Lombardía,  
las sayas de tela eran—poco más de la rodilla,  
en trecientos unicornios—cabalgando a la su guisa,  
tras estas vienen sus damas—siguiendo aquesta devisa  
de altibajo ataviadas,—ansí como convenía  
encima de dromedarios—con muy grande flechería,  
y en mitad de las mil damas—Pantasilea venía,  
reina de las Amazonas,—la cual iba en la conquista  
de los griegos y troyanos,—la cual a Héctor seguía  
con un arco y un escudo,—más que el sol cuando salía  
y una guirnalda de aljófar—trenzada con pedrería;  
la cual como llegó a Troya,—Troya con mucha alegría,  
a ella y a todas sus damas—con Paris la rescebía,  
la cual hizo tantas cosas—que apenas las contaría  
aquel gran poeta Homero—que desta guerra escribía,  
aunque nada aprovechara—su ardid y valentía,  
pues do la fortuna falta—el esfuerzo fallecía.

(Tercera parte de la Silva, fol. 69 vuelto.) [\[1\]](#)

[p. 44] 32

### **Romance que trata sobre la muerte que dió Pirro, hijo de Aquiles, a la muy linda Policena**

«¡Oh cruel hijo de Aquiles!—Nunca mal te merecí;  
que si tu padre fué muerto,—ni lo supe ni lo ví;  
no me des así la muerte—ni tomes venganza en mí;  
que el favor de las mujeres—en los hombres yo le ví;  
no fenezcan los mis días—ni se pierdan ahora por tí.  
Baste, baste contentarte—con me ver ya destruir  
y la muerte de mi padre—y su muy triste vivir,  
la muerte de mis hermanos—con Héctor el varonil,  
la amazona que mataste—tan esforzada y viril,  
la ciudad toda abrasada—para mas la consumir.  
Sea contenta tu venganza—con que poco he de vivir,  
pues que por tierras extrañas—por esclava he de servir.  
—«Policena, Policena,—se escusa tu morir:  
pues por tus tristes amores—el mi padre murió aquí,  
muy bien es que tú padezcas—lo que él padeció por tí;  
que la muerte se ha de dar—a quien hace a otro morir». [\[1\]](#)

*(Romance que trata sobre la muerte que dió Pirro, hijo de Aquiles, a la muy linda Policena.*

Pliego suelto gótico de la Biblioteca de Campo-Alange, hoy de la Nacional. Hay otra edición, muy posterior, en que el romance se dice compuesto *por Francisco Sánchez de Guevar, vecino de la villa*

### Romance de Policena

Triste estaba y muy penosa—aquesa reina troyana,  
desque así se vido sola—viuda y desamparada,  
por ver a sus hijos muertos—y su ciudad asolada,  
[p. 45] y la linda Policena—en el templo degollada,  
sobre el sepulcro de Aquiles—por Pirro sacrificada.  
«¿Dí, traidor, cómo podistes—en mujer vengar tu saña?  
¿No bastó su hermosura—contra tu cruel espada?  
¿Qu'es de Páris y de Héctor?—¿Qué es de la su enamorada?  
¿Qu'es del hermoso Deifebo—el hijo que más amaba?  
¿Qu'es de mi hijo Troillo—el que consejos me daba?»

(Glosa de la reina troyana y un romance de Amadís, hecho por  
Alonso de Salaya. Pliego suelto gótico.—Gallardo, Ensayo, IV, 318-319.)

### Romance de Leandro y Ero, y cómo murió

El cielo estaba ñublado,—la luna su luz perdía,  
los vientos eran tan recios—que el mar espanto ponía,  
cuando la hermosa Ero—muy penada se sentía;  
aguardando está Leandro—a quien mas que a sí quería,  
asomóse a la ventana—de la torre do vivía.  
Los ojos levanta al cielo—por ver qué tiempo hacía,  
nocturna y muy tenebrosa—la noche le parecía,  
los truenos con sus dislates—mucho miedo le ponían,  
su corazón se desmaya—con el temor que sentía,  
la seña que era la lumbre—l'ayre no la consintía,  
púsola dos o tres veces,—tantas en tierra caía,  
viendo tan triste señal—por agurio (*sic*) la tenía,  
con una voz delicada—desta manera decía:  
«¡Oh dioses! ¿y qué es aquesto?—¿Por qué robais mi alegría?  
«¡Oh mis hados, y en tal punto—mostrais vuestra tiranía!»  
Con estas lamentaciones—la media noche venía;  
cansada se siente Ero,—mas por eso no dormía,  
con temor está aguardando—hasta que viniese el día,  
mirando al pié de la torre por ver si algo vería.  
Un bulto vido en la arena—pero no lo conocía,

el corazón se lo dice—mas ella no lo creía,  
mirando de hito en él—muy claro lo conocía:  
conoció que era Leandro—por quien pena padecía;  
el corazón se le aprieta,—el alma se le salía,  
la color del fresco gesto—para tierra parecía,  
sus manos muy delicadas—de rato en rato torcía,  
con este tormento fuerte—mil veces se amortecía:  
desque ya en sí tornada,—¡oh qué llanto que hacía!  
Maldice su desventura—y la vida en que vivía;  
[p. 46] hablando está con el cuerpo—como si tuviera vida:  
«Díme, cuerpo, ¿qué es del alma—do partiste compañía?  
¿Qué es de la fé que me diste?—Cómo dejaste la mía?  
O mi leal amador,—do la lealtad vivía,  
no quiero vivir sin tí,—que el vivir muerte sería,  
recíbeme allí contigo,—y ansina descansaría.»  
Estas palabras diciendo—de la torre se caía.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 122 vuelto.)

35

### **Romance de Alixandre**

Morirse quiere Alixandre—del dolor del corazón:  
envió por los maestros—cuantos en el mundo son.  
Envió por Aristótil,—el ayo que lo crió.  
El ayo desde que lo supo—cabalgó, y no se tardó:  
jornadas de quince días—en cinco las caminó;  
descabalgó de la mula,—cerca del rey se asentó,  
y tomóle por la mano,—luego el pulso le cató.  
—¿Qué vos parece, maestro,—deste mal que tengo yo?  
—A mí parece, señor,—ques gran mal de corazón:  
faced vuestro testamento,—poned vuestra alma con Dios. [\[1\]](#)

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos XV y XVI*, número 322.)

36

### **Romance de Landarico**

Para ir el rey a caza—de mañana ha madrugado,  
entró donde está la reina—sin la haber avisado;  
por holgarse iba con ella—que no iba sobre pensado.  
[p. 47] Hallóla lavando el rostro—que ya se había levantado,  
mirándose está a un espejo—el cabello destranzado.  
El rey con una varilla—por detrás la había picado;

la reina que lo sintiera—pensó que era su querido (*sic*).  
« Está quedo, Landarico»—le dijo muy requebrado.  
El buen rey cuando lo oyera—malamente se ha turbado.  
La reina volvió el rostro—la sangre se ha cuajado.  
Salido se ha el rey—que palabra no ha hablado,  
a su caza se ha ido—aunque en ál tiene cuidado.  
La reina a Landarico—dijo lo que ha pasado:  
«Mira lo que hacer conviene—que hoy es nuestro fin llegado.»  
Landarico que esto oyera—mucho se (ha) acuitado.  
«¡En mal punto y en mal hora—mis ojos te han mirado!  
¡Nunca yo te conociera—pues tan cara me has costado!  
Que ni a tí hallo remedio—ni para mí le he hallado.»  
Allí hablara la reina—desque lo vió tan penado:  
«Calla, calla, Landarico—calla, hombre apocado;  
dájame tú hacer a mí—que yo lo habré remediado.»  
Llama a un criado suyo—hombre de muy bajo estado,  
que mate al rey, le dice—en habiéndose apeado,  
que sería a boca de noche—cuando oviese tornado.  
Hácele grandes promesas—y ellos lo han aceptado.  
En volviendo el rey decía—de aquello muy descuidado;  
al punto que se apeaba—de estocadas le han dado.  
«¡Traición!» Dice el buen rey—y luego ha expirado.  
Luego los traidores mismos—muy grandes voces han dado:  
criados de su sobrino—que habían al rey matado.  
La reina hizo gran duelo,—y muy gran llanto han tomado;  
aunque en su corazón dentro—otra cosa le ha quedado.

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga. Apud Wolf, *Ueber eine sammlung spanischer Romanzen in fliegenden Blättern.*)

### **Romance de amor**

En el tiempo que me ví—más alegre y placentero  
encontré con un palmero—que me habló y dijo así:  
«¿Dónde vas el caballero?—¿Dónde vas, triste de tí?  
Muerta es tu linda amiga,—muerta es que yo la ví;  
las andas en que ella iba—de luto las ví cubrir,  
duques, condes la lloraban,—todos por amor de tí;  
dueñas, damas y doncellas—llorando dicen así:  
«¡Oh triste del caballero—que tal dama pierde aquí!»

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga. Apud Wolf, *Ueber eine Sammlung spanischer romanzen in fliegenden Blättern*, 277.)

**Romance de amor**

Triste está la gentil dama,—triste está que no riendo.  
 Asentada en un estrado—frangas de oro tejiendo,  
 las manos tiene en la obra,—y el corazón comidiendo,  
 llorando de los sus ojos,—de la su boca diciendo:  
 «¡Ay por vos, niño chiquito—vivo yo triste muriendo,  
 que vas a tierras ajenas—lueñes tierras conociendo!  
 Por tí mis rotas entrañas—del todo se van rompiendo.  
 Dios te deje crecer, hijo,—y a su madre t'en comiendo:  
 que te haga más dichoso—que con ventura naciendo;  
 que el pecado que otro hizo—tu niñez lo va sintiendo». [1]

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga, donde el romance va,  
 acompañado de una glosa. Wolf, *Sammlung*, 273.)

39

**Romance que hizo un galán alabando a su amiga**

De la luna tengo queja—y del sol mayor pesar;  
 siempre lo hubieron por uso—de no dejarme holgar.  
 ¡Maldita sea la fortuna—que así me quiere tratar!  
 Nunca me da bien cumplido—ni menos mal sin afan,  
 por una hora de placer—cien mil años de pesar.  
 Yo me amaba una señora—que en el mundo no hay su par.  
 Las facciones que ella tiene—yo vos las quiero contar:  
 tal tenía la su cara—como rosa en el rosal,  
 las cejas puestas con arco—color de un fino contray,  
 los sus ojos tenía garzos—parecen de un gavián,  
 la nariz afiladica—como hecha de metal,  
 los labios de la su boca—como un fino coral,  
 los dientes tiene muy blancos,—menudos como la sal,  
 parece la su garganta—cuello de garza real,  
 los pechos tenía tales—que es maravilla mirar,  
 y contemplando su cuerpo—el día viera asomar.

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga. Apud Wolf, *Ueber eine  
 Sammlung spanischer Romanzen in fliegenden Blättern*, 276.) [2]

[p. 49] 40

**Romance caballeresco**

Airado va el escudero—de la ira de su padre;  
los piés levaba descalzos,—las uñas corriendo sangre.  
El caballo lieva de diestro—por amor que no le canse;  
las armas lieva cubiertas—porque no le relumbrasen;  
la lanza lieva tendida,—como home pavorable;  
el podenco de trailla,—porque caza no levante.  
(Barbieri, *Cancionero Musical*, núm. 325.) [1]

### **Romance nuevamente trobado del infante Turián y de la infanta Floreta**

Turbado estaba el infante, [2] —el infante Turian  
en una linda recuesta—que mercaderes le traen  
de la hermosa Floreta,—hija del rey natural.  
Ya se sale muy de priesa [3] —de su palacio real,  
y vase a pedir licencia—al buen rey, sin dilatar,  
y a la reina Leonela—que era su madre carnal;  
fincó rodillas en tierra—las manos le fué a besar,  
las palabras que les dice—al rey le hacen llorar: [4]  
«Alto rey muy poderoso,—magnífico, singular, [5]  
yo suplico a vuestra Alteza—y a la corona real,  
que me deis licencia luego,—y luego sin mas tardar,  
que es mi voluntad, señor,—de me ir a aventurar». [6]  
El rey que aquesto le oyera, [7] —bien oiréis lo que dirá:  
—«Callede vos, el infante,—no querais lo tal hablar,  
que sois vos pequeño y niño [8] —para las armas tomar.»  
[p. 50] El infante respondiera—con gracia muy singular:  
«Si no me la dais el rey,—yo me la iría a tomar, [1]  
porque el amor es tan grande—que a mí face penar, [2]  
que amores de Floreta—me quieren a mí matar: [3]  
que de noche yo no duermo,—ni de día puedo estar, [4]  
todas horas y momentos—es en ella mi pensar.  
Nuevas me trajeron ciertas [5] —de su fermoso mirar, [6]  
de su gracia y atavío,—y [7] su tan lindo hablar.  
Para salvar yo mi vida—me conviene irla a buscar,  
porque si no la fallase [8] —mi vida sería [9] penar.»  
El rey que aquesto le oyera—váselo luego abrazar, [10]  
tambien la reina, su madre,—se lo va [11] luego a besar;  
con lágrimas de sus ojos—le empezaron de hablar:

«¡Vades con Dios, nuestro hijo,—y él vos haya de guiar! [12]  
Vais con nuestra bendicion—que os haya de aprovechar.  
Llevad de mis caballeros—que vos [13] hayan de acompañar,  
llevad con vos [14] al conde Dirlos—que os haya de aconsejar,  
llevad armas y caballo—para haber de cabalgar.» [15]  
Desde esto oyera el infante—las manos le fué a besar.  
Ya se partía el infante—aprieta y no de vagar  
con treinta de sus donceles,—que no quiso mas llevar.  
Manda aparejar sus naos—y el aparato real.  
El viento les hace bueno—para haber de navegar.  
Domingo por la mañana—que quería alborear,  
aportado han a un puerto—costa era de la mar,  
reino era de Floreta—la que [16] andaban a buscar.  
Presto se sale el infante,—muy alegre y sin pesar,  
el un pié tiene en la tierra,—y el otro tiene en la mar,  
mirando estaba un castillo [17] —que bien era de mirar,  
era tan fuerte y feroso—que en el mundo no hay su par.  
Mandara sacar su arnés,—y sus caballeros armar;  
los quince lleva consigo,—para el castillo se van,  
ándenle al derredor [18] e no le fallan por donde entrar, [19]  
manda poner una escala [20] —para habello [21] de escalar:  
[p. 51] subiéndose va por ella [1] —que parece un gavián,  
con él sube el buen conde—por habello de guardar,  
que era su ayo y su tío,—de su sangre natural.  
Descienden por el castillo—muy presto sin retardar,  
íbanse [2] por una huerta,—y por un rico parral,  
por do la infanta Floreta—se salía a deleitar. [3]  
Plugo a Dios y a su ventura—que allí la fuera fallar,  
ricamente ataviada—que era cosa [4] de mirar,  
muy lindas damas con ella—que la van a acompañar, [5]  
de ricos paños vestidas,—que se salen a folgar.  
La infanta se apartó [6] dellas,—por la huerta se dió andar. [7]  
Con la gran siesta que face—dormido se ha so un rosal.  
El infante cuando la vido [8] —a ella se fué acercar [9]  
con alegre corazón,—presto se fuera a turbar. [10]  
Mirándola está mirando—que bien era de mirar;  
blanca es como la nieve—y como el claro cristal,  
colorada como la rosa [11] —y como rosa de rosal. [12]  
—«Consejo os pido, mi tío [13] —y vos me lo querais dar, [14]  
que tal señora como esta—no es razón de la dejar.»  
El conde que aquesto oyera—le fablara en poridad:  
—«Tomalda luego, el infante, [15] — y no os querais detardar,  
porque si el rey nos sintiese [16] —mandarnos hía matar, [17]  
muerte nos dará de traidores [18] —por mas deshonra nos dar:

todas las gentes del mundo—de nosotros contarán.»  
Tomóla [19] luego en sus [20] brazos,—sin mas nada le hablar,  
con denuedo y corazón,—con esfuerzo singular,  
y vase [21] para el escala [22] — por donde él fuera a entrar,  
y descende muy de quedo [23] —con el buen conde a la par.  
La infanta a la descendida—muy grandes gritos fué a dar: [24]  
«¡Socorred, mis caballeros,—aprieta y no de vagar,  
que me llevan [25] furtada—para me echar [26] en la mar!»  
[p. 52] El infante que esto oyera,—tal respuesta le fué a dar:  
«Callede, la mi señora,—no queráis hablar lo tal; [1]  
que la vuestra hermosura—esta causa quiso dar,  
que saliese de mis tierras—para haberos de buscar.»  
Metido la había en la nao—do sus caballeros están.  
Las doncellas de la infanta—por la huerta gritos dan:  
oído las había el rey—en su palacio real:  
«¿Qué es aquesto, las doncellas,—aquesto qué podía [2] estar?»  
«Óiganos, la vuestra Alteza—muy presto sin detardar,  
que la infanta vuestra hija,—la han llevado por la mar.»  
«Armas, armas, caballeros,—empezáos luego de armar;»  
que me han robado mi fija,—a mi fija natural.»  
Muy presto fueron armados—mas de tres mil a la par,  
vense presto a la ribera—a la ribera de la mar, [3]  
mirando estaban la fusta—do Floreta podía estar,  
empiezan a tirar tiros,—cosa era de mirar.  
Los marineros del infante—priesa se dan a remar,  
el rey ni sus [4] caballeros—no los pueden alcanzar:  
vuélvanse desconsolados,—muy tristes y con pesar.  
El rey juró por su corona—que lo tiene de vengar.  
El infante con los suyos,—parado han en la mar,  
mandó luego [5] echar las áncoras—no quisiesen navegar,  
para hablar a la infanta [6] —y habella de consolar. [7]  
Todos se [8] iban muy alegres,—contentos y con solaz,  
sino era la infanta—que desconsolada está.  
Tómala luego en sus [9] brazos—el infante Turián,  
echa sus manos encima,—muy dulces besos se dan. [10]  
Metiéndose en una cámara [11] —adonde él [12] solía estar,  
el infante con la infanta—cumplido han su voluntad.  
Y desde esto así pasado [13] —empezaran de hablar. [14]  
Desta manera decía—el infante sin tardar:  
«Cesen ya vuestros suspiros,—y vuestro tanto llorar,  
pues sois mi vida y mi alma [15] —y vos amo sin dudar,  
y [16] Dios tanto bien me hizo—en haberos de hallar.  
Mi gloria [17] y mi corazón,—no querades sospirar [18]  
por el buen rey, vuestro padre,—ni menos por su reinar:

[p. 53] que yo vos terné servida—a todo vuestro mandar;  
de todas las mis tierras [1] —vos podréis señorear.»

La infanta respondiera—con alegre voluntad:

—Vuestra soy, señor infante,—y a todo vuestro mandar;  
una merced os suplico—que me queráis otorgar.»

El infante que esto oyera,—bien oiréis lo que dirá:

«Mándame, [2] señora mía,—pues que estoy a tu mandar.» [3]

«Decidme, señor infante,—que Dios vos quiera guardar,  
si vos sois fijo del rey—o de infante natural.»

«Fijo soy del rey Canamór,—a mí llaman Turián, [4]  
y la reina Leonela—es mi madre natural.»

La infanta con gran placer [5] —fuéelo luego a abrazar.

Otro día de mañana—comienzan de caminar, [6]

el viento les face malo,—y gran tormenta en la mar.

Allí fabló un marinero—que rabia debiera matar: [7]

«Esta tormenta, señores,—que veis por la mar andar,

es a causa de Floreta [8] —y tambien de Turián, [9]

porque conviene, señores,—a la infanta matar,

para salvar nuestra vida—de todos en general: [10]

que [11] si viva la dejamos—no podremos navegar.»

Estas palabras decía—a excusas [12] de Turián;

que si él allí estuviera—luego lo mandara matar.

Entrado han en consulta—para Floreta matar.

Apartado había el conde—al infante en poridad,

con lágrimas de sus ojos—le empezara [13] de hablar:

«Fijo mío muy amado,—fijo mío Turián,

a tu querida Floreta—ordenamos de matar

por esta tormenta fuerte—que veis andar en la mar,

que vuestro pecado y suyo [14] —a Dios le hace pesar.»

El infante que esto oyera—empezó de desmayar; [15]

mas despues que en sí tornó,—bien oiréis lo que dirá:

—«No lo quiera Dios del cielo—que tal haya de pasar,

que aunque la matéis, el conde,—por eso no ha de cesar;

antes me matad a mí,—pues lo fuí yo a causar.»

Allí respondiera el conde,—tal respuesta le fué a dar:

«Ninguna excusa, [16] el infante—vos viene [17] de aprovechar;

[p. 54] que no andamos en vuestra muerte, [1] —sino por a vos salvar, [2]

que el buen rey, vuestro padre,—me fué en vos encomendar: [3]

que vos allegase al bien—y vos apartase del mal, [4]

procurase por vuestra honra—procurase de vos honrar; [5]

y agora que veo el daño—yo vos entiendo de apartar.» [6]

Estas palabras diciendo—de allí se va Turián,

triste vá sin alegría—muy lloroso con pesar.

A decillo va a Floreta—en la cámara do está: [7]

«Nuevas os traigo, señora,—que no las puedo contar,  
que lastiman mi corazón [8] —y me facen desesperar; [9]  
que el conde y mis caballeros—vos ordenan de matar.»  
La infanta que esto oyera—en el suelo muerta está; [10]  
mas despues que en sí tornó,—bien oiréis lo que dirá:  
—«Bien parece, mi señor,—mi querido Turián,  
que en ser yo de tierra extraña—mi pecado es desigual,  
para haberos de perder—y hacer tormenta en la mar;  
mas yo ruego a Dios del cielo [11] —que me haya de salvar, [12]  
pues me sacaste, el infante [13] —de mi reino natural,  
de mi huerta y mi castillo,—y de mi rico [14] parral»  
Con lágrimas de sus ojos—su gesto se fué a turbar,  
que no parece Floreta,—amiga [15] de Turián.  
Con estas palabras tales—al infante face llorar.  
Ellos en aquesto estando—el conde llegado ha,  
con todos los caballeros—para Floreta tomar;  
entrado han muy apriesa—tomado han a Turián,  
átanle los pies y manos—por el miedo que le han.  
El infante que le viera, [16] —bien oiréis lo que dirá:  
—«Dejadme, el conde mi tío,—y no me trateis tan mal, [17]  
dejadme hablar [18] agora,—y dejadme consolar: [19]  
que los yerros por amores—dignos son de perdonar. [20]  
¡Ay, mi señora Floreta,—ay, mandadme perdonar! [21]  
[p. 55] que no vos puedo valer, señora,—no vos puedo remediar;  
y si vos morís agora—quieráseos [1] acordar  
de aquel que murió en la cruz—por todo el mundo salvar.»  
Estas palabras diciendo—por el suelo se va echar, [2]  
llorando de los sus ojos—que quería reventar.  
Desde esto oyera [3] Floreta,—tal respuesta le fue a dar:  
«¡Oh Turián, mi señor,—no vos querades [4] lastimar,  
que esta muerte está ordenada—que yo había de pasar!» [5]  
Allí hablara el infante—muy presto sin detardar:  
«Pídoos por merced, el conde,—y querádesme escuchar, [6]  
que no mateis a la infanta [7] —ni la querades matar, [8]  
mas llévenla a aquella roca [9] —que estaba en medio la mar.» [10]  
«Pláceme, dijo el buen [11] conde,—pláceme de voluntad.»  
Ya se parten con Floreta,—ya se parten, ya se van; [12]  
déjanla en aquesta roca [13] —que en medio la mar está.  
De su historia por agora—no se puede más contar;  
quien la quisiera [14] saber,—procure de la buscar:  
que este romance se fizo,—se fizo para cantar; [15]  
el cual fué hecho y trobado,—por Fernando de Villarreal. [16]

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga, Romance nuevamente trobado del infante Turián y de la Infanta Floreta. Apud Wolf, Sammlung, 251.- Romance nuevamente imprimido del infante Turián y de la infanta Floreta. Apud Gallardo, Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos, 1, 1.215-1.219. Seguimos el texto de Wolf que parece más antiguo: las variantes son del de Gallardo.)

[p. 56] 42

**Romance nuevamente hecho por Andrés Ortiz, en que se  
tratan los amores de Floriseo y de la reina de Bohemia**

¡Quién oviese tal ventura—en haberse de casar  
como ovo Floriseo—cuando se fué a desposar,  
que de grande alegría—no podía reposar!  
Y la causa fuera esta:—que se lo envió a llamar  
esa linda noble reina,—de Bohemia natural.  
Él no era perezoso,—allá la fuera a hablar,  
las rodillas por el suelo—la empezó de interrogar:  
«¿Qué hacéis vos, mi señora,—flor de toda la beldad,  
que desde el día que os ví—yo no puedo sosegar?  
Socorrédme, mi señora,—no perezca deste mal.  
(Y con grande acatamiento—él se la fuera a besar.)  
Perdonádmme, mi señora,—pues que sois de tal bondad:  
que los yerros por amores—dinos son de perdonar.»  
Ella con grande mesura,—así le fuera a hablar:  
«Foriseo, Floriseo,—yo estoy presta a tu mandar,  
que el amor que yo te tengo—me hace desesperar;  
dóime del todo por tuya—para contigo casar.»—  
«Beso las manos, señora,—ella me las quiera dar  
por tan grande beneficio—que ella me quiso otorgar;  
yo estoy presto para hacerlo,—y por tal me quiero dar.»  
Y con grande alegría—allí se van abrazar:  
a una cama muy hermosa—allí fueron a holgar,  
y con besos amorosos—empiezan de retozar.  
Allí estuvieron holgando—fasta hora de yantar.  
Cartas les fueron venidas—que era dolor de escuchar,  
y lo que en ellas venía—a ellos parecía mal:  
que ese infante don Etón—con el reino alzado se ha.  
Floriseo con enojo—muchas naves mandó armar,  
dándoles muy grande priesa—por haber de navegar.  
Ya las gentes están juntas—que querían caminar,  
cuando se iba Floriseo—para la reina hablar,  
y con grande sentimiento—ella despedido se ha:  
[p. 57] Abrazadme, mi señora,—vos me queráis abrazar,  
que muy presto seré vuelto;—no vos queráis enojar.»

Ella con grande dolor—no le podía hablar:  
«¡Ah, mi señor Floriseo,—amador de la bondad,  
y qué triste es la partida—para mí de gran pesar:  
yo rogaré al rey divino—que os deje de allá tornar!»  
«Y a vos, la mi señora,—tambien os quiera guardar.»  
Ya se parte Floriseo,—ya empieza de navegar,  
y andando por sus jornadas—al reino llegado ha.  
En medio año que allí estuvo—el reino ganado ha.  
Ya se parte Floriseo,—ya se parte, ya se va  
a esa ínsula encantada—so decía, allá se va,  
porque era deleitosa,—allí quiere reposar.  
Andando por sus jornadas—allá fuera aportar,  
y todos los de la isla—a recibírselo van  
con tan grande alegría—que no lo puedo contar.  
Los suyos le hacen fiesta—por haberle de alegrar,  
y muy grandes monterías—en un bosque armado han.  
Desde lo ovieron corrido—riberas de mar se van.  
Allí estando en alegría—en pesar tornado se ha,  
porque a deshora vino—en un barco por la mar;  
lo que en el barco venía—era cosa de mirar:  
que venía entretejido—con ramas verdes de arrayán  
y de aquel barco salía—una música de amar.  
Él estándolo mirando—del barco vieron saltar  
una doncella hermosa—que cantando iba un cantar:  
las aves que van volando—al suelo hace abajar,  
los peces que están nadando—todos juntos hace estar;  
las naves que van remando—no podían navegar,  
y con este dulce canto—que era gloria de escuchar,  
caballera en un pez—al suelo fuera a saltar,  
fuérase para las tiendas—y empieza así de hablar:  
«¿Quién es aquí Floriseo—que le vengo a buscar  
de parte de mi señora—que dél he necesidad?»  
Floriseo que allí estaba—la empezara de hablar:  
«Yo soy ese, la doncella—que vos andáis a buscar.»  
Ella desde lo vido—empezóle de hablar:  
«Caballero Floriseo,—pues que sois de tal bondad,  
mi señora a vos me envía—que la queráis mamparar  
de una muy grande injuria—que allá levantado le han;  
porque sabiendo que sois acorro—y de viudas mamparar,  
a vos me envía, señor,—que le queráis ayudar.  
Yo os llevaré con placer—en aquel barco a descansar,  
porque quien en aquel va—no recibe mal pesar;  
por eso, señor amado,—vamonos allá a holgar.»

[p. 58] Floriseo desde la oyó—tal respuesta e fué a dar:  
«¡Ay, doncella muy amada,—no me queráis vos llevar!  
Porque yo estoy de partida,—no podría allá llegar,

porque (he) de ir a Constantinopla—con el emperador hablar  
de un negocio que me dió—que me quiso encargar,  
yo de dalle allí la cuenta—no puedo dello faltar.»  
La doncella que esto vido—muy triste tornado se ha,  
porque él no iba con ella—ni ella le podía llevar;  
mas como era mañosa—tal remedio fué a tomar:  
y era que tocó un laud—y empezara de cantar.  
La canción que ella decía—era gloria de escuchar:  
a todos los que la oían—adormecido los ha.  
Así hizo a Floriseo—que en el suelo vido estar;  
desque lo vido dormido—en un barco lanzado le ha,  
y tañendo con su música—a un castillo llegado ha.  
Su señora que lo supo—muy alegre tornado se ha,  
y echándole en una cama—pensando allí de matalle,  
con unguento que le puso—sin acuerdo lo ha tornado.  
Desque lo vido despierto—dél se había enamorado,  
y con grande acatamiento—por amigo lo ha tomado.  
Allí estuvo Floriseo—placentero, muy amado,  
por amor de los hechizos—que le habían encantado.  
Muy gran honra le hacía—la reina lasciva a su amado.  
En un vergel muy hermoso—con él se anda deleitando,  
y con muy grande vergüenza—a la cama lo ha llevado.  
Allí estuvieron los dos—hasta que el sol fué rayado.  
Así quedó Floriseo—en la menor India encantado.  
Y tornando a sus criados,—desque hubieron despertado,  
llorando de los sus ojos—por un bosque lo han buscado,  
Muy penosos con gemidos—a la reina se han tornado:  
«Nuevas os traemos, señora,—de que habréis gran quebranto.»  
La reina que esto oyera,—un salto el corazón le ha dado,  
y con muy grande agonía—les había preguntado.  
Allí hablara Gesipo,—bien oiréis lo que ha hablado:  
«Señora, no os enojéis—que Floriseo es encantado.  
Llévalo una doncella,—no sabemos a qué cabo.»  
La reina que esto oyera—la color se le ha mudado,  
y con muy grandes sospiros—caido había de su estado.  
«¡Ay de mí triste, cuitada,—que he perdido a mi amado!  
¡Oh fortuna desdichada,—que muy mal me has tratado!  
Sin yo te lo merecer—me has quitado mi descanso.»  
Su doncella Piromencia—se la iba a consolar:  
«No vos enojéis, señora,—ni toméis tal pesar,  
que Floriseo es vivo—no le queráis vos llorar.»  
Y la reina que esto oyera—algo consolado se ha.  
[p. 59] Y ellas estando en aquesto—nuevas llegado les han:  
que ese duque Perineo—con doce llegado ha  
caballeros esforzados—que la venían a buscar,  
La reina que esto oyera—a recibírselo va.

Allí estuvieron los dos—con tristeza y con pesar,  
el uno por su hijo,—y el otro por su amor.  
Un concierto han tomado—que le fuesen a buscar.  
Una dueña Perimencia—dél nuevas dado les ha:  
que Floriseo está encantado,—que en la menor India está.  
Perineo que esto oyera—muchas gracias dado le ha,  
porque ya lleva esperanza—que lo había de hallar.  
Y con este buen concierto—se empiezan de aparejar,  
y se ponen en camino—para haber de irlo a buscar.  
Y tornando a Floriseo—dél vos quiero contar,  
que como estaba encantado—no siente donde se está,  
salvo que tiene su esfuerzo—que no le podía faltar,  
que venció grandes batallas,—que es muy grave de contar.  
Así estuvo muy gozoso—con la reina a voluntad;  
alli hubieron un hijo—que fuera de gran bondad.  
Ellos estando en esto—allí lo vino a buscar  
ese noble de Filoto—que le amaba con verdad.  
Con una voz amorosa—le empezó de pescudar:  
«¿Dónde está, Floriseo,—que le vengo yo a buscar,  
.que me dicen que está aquí—y que aquí suele posar?»—  
Allí habló una doncella,—y empezara de hablar:  
«Entres tú acá, caballero,—que acá dentro le verás.»  
Filoto, no se guardando—en el castillo entrado ha,  
y entrando que él entró—en el caballo vuelto se ha,  
y así estuvo en esta pena—hasta Perineo llegar  
que andando por sus jornadas—no cesa de caminar,  
hasta que por su ventura—allí fuera aportar  
a ese puerto de la India,—y al castillo fué a llegar.  
Armado de todas armas—empezara de hablar:  
«¿Qué es de aquese caballero,—que con él me he de matar  
por las grandes sinrazones—que en este reino hecho ha?»  
Un portero que esto oyera—a la reina dicho lo ha.  
La reina desde lo supo—tomó tristeza y pesar,  
lo uno por que (a) Floriseo—tan presto se lo han de llevar,  
lo otro, porque entendía—que no había dél gozar;  
y con gran ira crecida—a Floriseo fué a enviar  
para haber de hacer armas—y aquel caballero matar.  
Ya se arma Floriseo—para su padre matar  
con muy relucientes armas—que era gloria de mirar.  
Las puertas le han abierto—para salir a lidiar.  
Su padre que así le vido—le empezara de mirar,  
[p. 60] los ojos llenos de agua—empezara así a hablar:  
«Aquel es mi Floriseo—en su cuerpo y menear.  
¡Oh sin ventura de viejo,—cómo tengo gran pesar,  
que tengo delante mi hijo,—y he con él de lidiar!»  
Y tomando una lanza—para habello de encontrar,

danse tan grandes encuentros—que era dolor de mirar.  
Y andando en su batalla—el duque empieza a hablar:  
«Esperáos, el caballero—que os quiero un poco hablar,  
y es que os pido de mesura—que el yelmo os queráis quitar.  
Floriseo que esto oyera—tal respuesta le fué a dar:  
«Pláceme el caballero,—pláceme de voluntad.»  
Y el duque desque lo vido—así le fuera a hablar:  
«¡Oh mi hijo muy amado—no me queráis maltratar,  
que yo soy el vuestro padre,—por vos pasé tanto mal!»  
Floriseo no lo oía,—ni quería le escuchar  
por amor que está encantado,—ni sentía bien ni mal.  
Desque esto vido el duque—por su preso dado se ha,  
y así fueron al castillo—adonde la reina está.  
Ella con grande alegría—a recibírselo va;  
grande honra le hacía—a Perineo sin dudar,  
y desencantó a Floriseo—por a él más agradar,  
Y estuvieron muy alegres—de lo que vieron pasar:  
que miran hecho al enano—mona con muy gran corax.  
Allí estuvieron viciosos—que era gloria de mirar,  
y con grande acatamiento—della despedido se ha.  
La reina recibió pena—por velle de sí apartar;  
mas con lágrimas secretas—se lo fuera ella (a) abrazar,  
y así se fué Floriseo,—y empieza de caminar.  
Andando por sus jornadas—a Constantinopla llegado ha.  
Saliendo de un monasterio—un caballero vía asomar,  
llorando venía, llorando—que era dolor de mirar.  
Floriseo que lo vido—empezóle de hablar:  
«¿Qué habeis, el caballero?—No me lo queráis negar.»  
—«Señor, es mi dolor tan grande—que no os lo puedo contar:  
que ese duque de Macedonia—muy mal parado me ha,  
que está puesto aquí en un paso—para habello de guardar,  
por amor de una doncella—de Bohemia natural;  
háse de casar con ella—esta noche sin dudar.»—  
Floriseo que esto oyó tomó tristeza y pesar,  
y con muy grande enojo—con él fuera a pelear,  
el cual por su grande esfuerzo—le venció y quiso matar.  
El emperador con gran fiesta—consigo llevado le ha,  
y muy grandes alegrías—en el palacio hecho se han;  
si muy más las sentía—esa reina con su amar.  
Allí estuvieron un tiempo—por él mas se aconsolar.  
[p. 61] Y despues para su reino—muy presto vuelto se han,  
en el cual estuvieron—con gran gozo y descansar.  
Así acaba este romance—dando fin a mi hablar.  
Y a vosotros, los lectores,—vos me queráis perdonar. [\[1\]](#)

de la Biblioteca de Campo-Alange, hoy de la Nacional, en Gallardo, Ensayo, III, 222-227).

-Durán, Romancero General, núm. 257. Este último hizo algunas correcciones atinadas, con objeto de regularizar el lenguaje y la versificación, pero aquí prescindiremos de ellas, según el sistema adoptado en nuestra publicación.)

### **Romance del infante vengador**

Helo, helo por do viene—el infante vengador,  
caballero a la gineta—en caballo corredor;  
su manto revuelto al brazo,—demudada la color,  
en la su mano derecha—un venablo cortador,  
el hierro fecho en Vizcaya—y el hasta en Aragón.  
Siete veces fué templado—en la sangre de un dragón,  
otras tantas se ha amolado—porque cortase mejor:  
con la punta del venablo—sacaría un arador.  
Buscando iba a don Guádios,—a don Guádios el traidor.  
Allá le fuera a hallar—a piés del emperador,  
con una vara en la mano—que era su alguacil mayor.  
Siete veces lo pensaba—si le tiraría o nó,  
y muy cerca de las ocho—el venablo le arrojó,  
y por dar a don Guádios—acertó al emperador.  
Pasóle el manto y la camisa,—en la carne no le entró:  
por la gracia de Dios padre—al emperador no mató;  
por un patin ensollado—palmo y medio le metió:  
cuanto una misa rezada—el venablo retembló. [2]

(Nueve romances... compuestos por Juan de Rivera, y con licencia impresos, año de 1605.- Gallardo, Ensayo, IV, 98.)

[p. 62] 44

### **Romance de las señas del esposo**

«Caballero de lejas tierras—llegaos acá y *veréis*:  
hinquédes la lanza en tierra,—vuestro caballo arrendéis:  
preguntaros he por nuevas,—si mi *marido* conocéis.»—  
—«Vuestro marido, señora,—decid de qué señas es.»—  
—«Mi marido es blanco y mozo,—gentil-hombre y bien cortés,  
muy gran jugador de tablas—y *aun* tambien del ajedrez.  
En el pomo de su espada—armas trae de un marqués,  
y un repon de brocado,—y de carmesí *el corvés*:  
*cabo* el fierro de la lanza—trae un pendón portugués,  
que lo ganó *a las tablas*—*a un buen conde francés*.»

—«Por esas señas, señora,—su marido muerto es:  
en Valencia le mataron—en casa de un ginovés;  
sobre el juego de las tablas—lo matara un milanés;  
muchas damas lo lloraban—caballeros y un marqués.  
Sobre todos lo lloraba—la hija del ginovés:  
todos dicen a una voz—que su enamorada es.  
Si habeis de tomar amores,—por otro a mí no dejeis.»  
—«No me lo mandeis, señor,—señor, no me lo mandeis;  
que antes que eso hiciese—señor, monja me veréis.»  
—«No os metais monja, señora,—pues que hacello no podeis;  
que vuestro marido amado—delante de vos lo teneis.» [\[1\]](#)

*(Nueve romances...compuestos por Juan de Ribera, y con  
licencia impresos, año de 1605.- Gallardo, Ensayo, IV, 98-99.)*

45

### **Romance de don Tristán**

Mal se queja don Tristán,—que la muerte le aquejaba.  
Preguntando por Iséo—de los sus ojos lloraba:  
[p. 63] «¿Qué es de tí, la mi señora?—Mala sea tu tardanza;  
que si mis ojos te vieses,—sanaría esta mi llaga.»  
Él este llanto haciendo,—y la reyna que llegaba:  
«Quien os hirió, mi señor,—herida tenga de rabia.»  
«Hirióme el rey mi tío—de aquesta cruel lanzada,  
hirióme desde una torre—que de cerca no osaba.»  
Juntóse boca con boca—allí se salía el alma.

*(Nueve romances... compuestos por Juan de Ribera, y con  
licencia impresos, año de 1605.- Gallardo, Ensayo, IV, 99.)*

46

### **Romance de Gerineldo**

«Quando vos nascistes, hijo,—triste no dormía yo,  
quando murió vuestro padre—a mí vos encomendó  
que mirase por vuestra honra—y os pusiese con señor  
Pusiera os yo con el rey—no hallando otro mejor.  
Vos, hijo de mal mirado—hecistes la traición.  
que dormistes con la infanta—hija de vuestro señor:  
sentenciado estais a muerte—por ello con gran razón,  
que cualquiera que tal haze—meresce por galardón  
que le corten la cabeza—sin ninguna dilación:

ya pues lo habeis hecho, amigo,—encomienda os a Dios  
que perdone vuestras culpas—y perdone vuestro error.»—  
—«No hayáis lástima, señora,—no hayáis lástima, nó:  
que en morir por tal infanta—con muy grande gozo vó,  
antes vive que no muere—quien por tal caso murió.»  
La infanta que lo ha sabido—a su padre se volvió,  
las rodillas por el suelo—desta suerte le habló:  
«Merced os pido, el rey,—mercedes os pido yo,  
que me dedes por marido—al que matais por traydor,  
sí no quereis que yo muera—antes que el que es mi señor.»  
El rey que aquello oyera—muy bueno le pareció,  
despósanlos luego a entrambos—con muy gran plazer y honor.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 18 vuelto. Es el primero de los *Romances de hystorias*.  
No lleva título en la *Silva*, pero le he puesto el de Gerineldo, por su patente analogía  
con los romances en que éste figura como protagonista.)

[p. 64] 47

### **Romance de Galiarda**

Misa se dize en Roma—en el altar de Santiago,  
por la puerta del Perdón—gran caballería ha entrado,  
entran duques, entran condes,—señores de grande estado;  
entraba el conde de Lemos—con un doncel de la mano;  
desque lo vió Galiarda—con los guantes le ha llamado,  
de rodillas por el suelo—presto iba a su mandado.  
—«¿Qué me queréis, mi señora,—para qué me habeis llamado?».  
—«¿Que me llevases, Florencios,—que me lleves de la mano.»  
—«Pláceme, dixo, señora,—pláceme, dixo, de grado;  
que en llevaros yo, señora,—yo soy el que en ello gano;  
ternéme por muy dichoso—y por bienaventurado.»  
Andando por el camino—en amores van hablando.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 55 recto. Antecede a los otros dos romances  
de *Galiarda*, que tienen en la *Primavera* los números 138 y 139.)

48

### **Romance de doña Ginebra**

Cabalga doña Ginebra—y de Cordoba la rica  
con trecientos caballeros—que van en su compañía;  
el tiempo hace tempestuoso,—el cielo se escurecía,  
con la niebla que hace oscura—a todos perdido había,

sino fuera a su sobrino—que de riendas la traía;  
 como no viera a ninguno,—desta suerte le decía:  
 —«Toquedes vos, mi sobrino,—vuestra dorada bocina  
 porque lo oyesen los míos—que estaban en la montiña.»  
 —«De tocalla, mi señora,—de tocar sí tocaría,  
 mas el frío hace grande,—las manos se me helarían,  
 y ellos están tan lejos—que nada aprovecharía.  
 —«Meteldas vos, mi sobrino,—so faldas de mi camisa.»  
 —«Eso tal no haré, señora,—que haría descortesía,  
 porque vengo yo muy frío—y a vuestra merced helaría.»  
 —«Deso no cureis, señor,—que yo me lo sufriría,  
 quien callentar tales manos—cualquier cosa se zufría» (¿sufriría?)  
 Él desque vió el aparejo—las sus manos le metía,  
 [p. 65] pellizcárale en el muslo—y ella reído se había:  
 Apearonse en un valle—que allí cerca parecía,  
 solos estaban los dos,—no tienen más compañía,  
 como veen el aparejo—mucho holgado se habían.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 20 recto.)

### **Romance de la reina de Irlanda**

Cartas van por todo el mundo—dolorosas de contar,  
 por la reina de Irlanda—que la quieren degollar;  
 su marido el rey lo manda,—que le fueran a informar  
 de una mala sospecha—que le osaran levantar,  
 y es que habló con un infante—en sospechoso lugar;  
 dos años le dan de plazo,—quién la quiera defender;  
 el uno ya es pasado—y el otro para acabar;  
 ruegan por ella los grandes—cuantos en la corte están,  
 y ruegan santas personas,—nada puede aprovechar,  
 porque es dada la sentencia,—no se puede revocar;  
 ya hacen el cadahalso—donde la han de degollar,  
 cubierto de paños negros,—que es dolor de lo mirar;  
 ya sacan la triste reina—toda llena de pesar,  
 y con ella treinta damas—que no cesan de llorar;  
 volvióse la triste reina—para las aconsolar:  
 «No lloréis hijas, y hermanas,—no queráis tanto llorar,  
 que la culpa es de dolerse—y el pecado es de llorar.  
 No me pesa de mi muerte—como sea natural,  
 mas pésame que sin culpa—el rey me manda matar.  
 Oh mundo desventurado,—nadie en tí debe fiar,  
 que el que más subido tienes—gran caida le haces dar.»  
 En decir éstas palabras—toda se fué a desmayar

porque vió el cadahalso—do habían de degollar;  
las rodillas por el suelo—empezó de gritos dar,  
palabras está diciendo,—que a todos pone pesar:  
«Oh Santa María señora,—no me queráis olvidar,  
en este paso de muerte—esfuerzo me queráis dar,  
y ruega por mis pecados—a tu hijo singular,  
pues que yo muero sin culpa—milagro queráis mostrar.»  
Y diciendo estas palabras—una voz oyó gritar,  
y es de un fraile francisco—que viene sin mas tardar  
diciendo: «No muera, tate,—que la quiero confesar.»  
En oyendo el rey aquesto— todos manda apartar,  
hizo que se confesase,—absolución le fuera a dar,  
[p. 66] hace como quien se vuelve—a priesa y a mas andar,  
quitóse los sus vestidos,—d'un arnés se fué armar,  
cabalgó en un caballo,—rucio era y no alazán,  
tomó gruesa lanza en mano—para haber de pelear,  
dió de espuelas al caballo,—corriendo sin más parar;  
llegó do estaba la reina—y la fué mucho a esforzar,  
diciéndole que no tema,—que la viene a defender,  
porque ha oído decir—que aquesto es gran maldad;  
fuése a do estaba el rey,—campo le fué a demandar,  
que saliesen los falsarios—para con él pelear;  
el rey mandó hacer un pregón—para haber de asegurar  
las personas y las vidas,—pues la han de defender;  
vase el uno contra el otro—para haber de pelear;  
a los primeros encuentros—el uno en tierra está  
y el otro le dió a huir,—y a merced le fué a tomar.  
Diólos en poder del rey—que los mande castigar,  
y el rey que aquesto viera—todo espantado se ha,  
diciendo que el caballero—en fuerzas no tiene par  
Demandóle de merced—se quiera manifestar;  
respondióle el caballero:—«Yo compliré vuestro mandar.»  
Y ansí vido el señor rey—ser hombre muy principal  
y que era hombre de salva—y de nación catalán.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 120 recto.) [\[1\]](#)

## [p. 67] ROMANCES DEL CICLO CAROLINGIO

### **Romance del rey Marsin**

Ya comienzan los franceses—con los moros pelear,  
y los moros eran tantos—no los dexan resollar.

Allí habló Baldovinos,—bien oiréis lo que dirá:  
—«Ay compadre don Beltran—mal nos va en esta batalla;  
mas de sed que no de hambre—a Dios quiero yo dar el alma,  
cansado traigo el caballo—más el brazo del espada;  
roguemos a don Roldan—que una vez el cuerno taña,  
oir lo ha el emperador—qu' está en los puertos d' España,  
que más vale su socorro—que toda nuestra sonada.»

Oido lo ha don Roldan—en las batallas do estaba:  
—«No me lo rogueis, mis primos—que ya rogado m' estava,  
mas rogaldo a don Renaldos—que a mí no me lo retraiga,  
ni me lo retraiga en villa—ni me lo retraiga en Francia,  
ni en cortes del emperador—estando comiendo a la tabla,  
que más querría ser muerto—que sufrir tal sobarbada.»

Oido lo ha don Renaldo—que en las batallas andaba,  
comenzara a decir—estas palabras hablaba:  
—«Oh mal oviesen franceses—de Francia la natural,  
que a tan pocos moros como estos—el cuerno mandan tocar,  
que si me toman los corajes—que me solian tomar,  
por estos y otros tantos—no me daré solo un pan.»

Ya le toman los corajes—que le solian tomar;  
asi se entra por los moros—como segador por pan,  
asi derriba cabezas—como peras de un peral;  
por Roncesvalles arriba—los moros huyendo van;  
alli salió un perro moro—que mala hora lo parió su madre:

—«Alcaria (sic), moros, alcaria—si mala rabia vos mate,  
que sois ciento para uno—irles fuyendo delante;  
¡oh mal haya el rey Marsin—que soldada os manda dare;  
[p. 68] mal haya la reina mora—que vos la manda pagare;  
mal hayais vosotros, moros—que la venís a ganare.»

De que esto oyeron los moros—aun ellos volvido han,  
y vueltas y revueltas—los franceses fuyendo van:

A tan bien se los esfuerza—ese arzobispo Turpin:  
—«Vuelta, vuelta, los franceses—con corazón a la lid;  
mas vale morir con honra—que con deshonra vivir.»

Ya volvian los franceses—con corazon a la lid,  
tantos matan de los moros—que no se puede decir;  
por Ronces Valles arriba—fuyendo va el rey Marsin,  
caballero en una cebra—no por mengua de rocin;  
la sangre que dél salía—las yerbas hace teñir,  
las voces que él iba dando—al cielo quieren subir:

—«Reniego de ti, Mahoma,—y aun de cuanto hice en ti;  
hícete el cuerpo de plata,—pies y manos de marfil,  
y por más te honrar, Mahoma,—la cabeza de oro te hiz;  
sesenta mil caballeros—ofrecilos yo a ti,  
mi mujer Abrayma mora—ofrecióte treinta mil,  
mi hija Mataladona—ofrecióte quince mil,

de todos estos, Mahoma—tan solo me veo aquí,  
y aun mi brazo derecho,—Mahoma, no lo trayo aquí,  
cortómelo el encantado—ese Roldan paladin,  
que si encantado no fuera—no se me fuera él así;  
mas yo me iré para Roma—que cristiano quiero morir,  
ese será mi padrino—ese Roldan paladin,  
ese me bautizará,—ese arzobispo Turpin;  
mas perdóname, Mahoma—que con cuita te lo dixe,  
que ir no quiero a Roma—curar quiero yo de mi.» [1]

*(Aquí comienzan dos maneras de glosas. Y esta primera es de las lamentaciones que dicen «Salgan las palabras mías». E otra glosa a un villancico que dicen «Las tristes lágrimas mías» hecho por Pedro el Tirante. E otras coplas que dizen: «No me sirvais caballero». E otras de la Madalena. E un romance del rey Marsin. Pliego suelto gótico de la Biblioteca Nacional.)*

51

### Romance de Valdovinos

Por los caños de Carmona,—por do va el agua a Sevilla,  
por ahí iba Valdovinos— y con él su linda amiga.  
[p. 69] Los pies lleva por el agua—y la mano en la loriga,  
con el temor de los moros—no le tuviesen espía.  
Júntanse boca con boca,—nadie no los (?) impedía.  
Valdovinos con angustia—un suspiro dado había:  
—«¿Por qué suspiráis, señor,—corazón y vida mía?  
O tenéis miedo a los moros—o en Francia teneis amiga.»  
—«No tengo miedo a los moros—ni en Francia tengo amiga:  
mas vos, mora, y yo cristiano—hacemos muy mala vida:  
comemos la carne en viernes,—lo que mi ley defendía.  
Siete años había, siete—que yo misa no la oía.  
Si el emperador lo sabe—la vida me costaría.»  
—«Por tus amores, Valdovinos,—cristiana me tornaría.»  
—«Yo, señora, por los vuestros—moro de la morería.» [1]

*(Nueve romances... compuestos por Juan de Ribera, y con licencia impresos, año de 1605.-Gallardo, Ensayo, IV, 98.)*

52

### ROMANCES DE DURANDARTE.—I

Muerto queda Durandarte—al pié de una gran montaña, [2]  
un canto por cabecera—debajo una verde haya;  
todas las aves del monte—alrededor le acompañan;

llorábale Montesinos—que a su muerte se hallara,  
hecha le tiene la fuese—en una peñosa cava;  
quitándole estaba el yelmo,—desciñéndole la espada,  
desarmábale los pechos,—el corazón le sacaba,  
[p. 70] para enviarlo [1] a Belerma—como él se lo rogara,  
y desde que le hubo sacado—su rostro al suyo juntaba,  
tan agramente llorando—mil veces se desmayaba, [2]  
y desde que volvió en sí—estas palabras hablaba:  
«Durandarte, Durandarte,—Dios perdone la tu alma,  
y a mí saque deste mundo—para que contigo vaya.»

(Tercera parte de la Silva, fol. 117 vuelto.- Cancioneiro d' Evora  
*publié... par Victor Eugene Hardung*, Lisboa, 1875, pág. 71.)

## ROMANCES DE DURANDARTE.—II

Muerto queda Durandarte—al pié de una gran montaña:  
en sus brazos le tenía—Montesinos que lloraba.  
Con lágrimas de sus ojos—las heridas le bañaba;  
con la daga de su cinta—el corazón le sacaba,  
para llevar a Belerma—como él se lo mandara.  
Con suspiros rompe el cielo,—con sollozos reventaba,  
las palabras que decía—a las piedras ablandaba.  
«La muerte que os llevó, primo,—¿por qué a mi vivo dejara?  
Pues fuimos uno viviendo,—¿cómo el morir nos aparta?  
¿Cómo pudo el hierro entrar—donde error nunca entrara?  
¿Cómo cuerpo tan leal—el fierro matar le basta?  
Corazón que nunca erró,—¿cómo con fierro se saca?  
Mandástelo vos, mi primo,—que fué la postrera manda,  
mas yo en pensallo hacer—el corazón me desmaya;  
mas tengo de obedecer—aunque mi esfuerzo no basta.»  
Estas palabras diciendo—el corazón se desmaya.  
Allegara un escudero—que Durandarte criara;  
como le vido Montesinos—desta manera hablara:  
«Por Dios te ruego, escudero,—por la fe que en tí se guarda,  
con este que te crió—que en mis brazos muerto estaba,  
en la postrimera hora—una manda me mandara,  
tú la ayudes a cumplir,—porque mi esfuerzo no basta.  
De la sangre que he perdido—toda la fuerza me falta.  
Sácale su corazón—y llévale a quien amaba;  
pues tú sabes sus secretos,—de tí solo se fiaba:  
díle que en su testamento—restituir se lo manda,  
[p. 71] pues que siempre fuera suyo—mientras el triste tuvo alma.»

El escudero llorando—su mandado efectuara.  
Ya desmaya Montesinos—y a Dios quiere dar el alma;  
mas el dolor de su primo—aquel que sus llagas causaba:  
«A Dios, dice el escudero:—dí a Belerma que aquí estaba  
Durandarte y Montesinos,—que en servilla no cansaba,  
Durandarte por ser suyo,—yo por saber que la amaba.» [1]

*(Nueve romances... compuestos por Juan de Ribera, y con  
licencia impresos, año de 1605.- Gallardo, Ensayo, IV, 95.)*

54

### **Romance de don Belardos**

El cielo estaba nubloso,—el sol eclipse tenía,  
cuando el conde don Belardos—de la batalla salía,  
treinta caballos de diestro—que en ella ganado había,  
el quinto da al emperador—que de derecho le venía,  
de los otros el mejor—para sí se lo escogía.  
El emperador muy triste—de esta suerte le dezía:  
«Trocaríamos mi sobrino—ganancia por la perdida,  
si viniese Baldovinos:—por aquí no parecía,  
volveldo vos a buscar—por la parte que os cabía.»  
—«¿Cómo volveré, señor,—que hablar no me quería  
por un neblí muypreciado—que me dió la infanta Sevilla?  
Mas si a mi me dió el neblí—a ella le dió una sortija.  
La propiedad del neblí—es que caza no se le iba,  
la gracia de la sortija—es de muy mayor valía,  
que a ferida que tocase—luego se restañaría.  
Mas en todo esto, mi tío,—quiero hacer lo que debía.»  
Ya cabalga don Belárdos,—a buscar se lo volvía;  
por el camino que ía—vee venir caballería.  
En hombros de caballeros—todos de espada guarnida,  
viene herido Baldovinos—de una muy mala herida,  
cubiertas vienen las andas—de la hoja de la oliva,  
[p. 72] encima de un paño negro—y una letra genovisca.  
Baldovinos con pasión—de aquesta suerte dezía:  
—«Apéadme, caballeros,—en este trébol florida,  
descansarédes vosotros—pacerán vuestros rocinos,  
menearme me hían los vientos—de Francia do fuí nascido.  
¿Si se acordará mi madre—de un hijo que había parido?  
¿Si se acordará Sevilla—de Baldovinos su amigo?»  
Diziendo estas palabras—delante se le ha venido:  
—«Baldovinos, Baldovinos,—corazon y alma mía,  
nunca holgaste conmigo—sino una noche y un día;

sépalo el emperador,—que de vos quedo yo en cinta.»

(Tercera parte de la Silva, fol. 21 vuelto.)

55

### ROMANCE DEL CONDE CLÁROS.—I

—Pésame de vos, el conde—porque vos mandan matar;  
pues el yerro que hecistes—no fué mucho de culpar,  
que los yerros por amores—dignos son de perdonar.  
Yo rogué por vos al rey—que vos mandase soltar,  
mas el rey con gran enojo—no me lo quiso escuchar:  
díjome que no rogase,—que no se puede escusar;  
la sentencia es ya dada,—no se puede revocar,  
que dormistes con la infanta—que habíades de guardar.  
El cadahalso está hecho—donde os han de degollar:  
mas os valiera, sobrino,—de las damas no curar;  
que quien mas las damas sirve,—tal merced debe esperar,  
que de muerto o perdido—ninguno puede escapar.  
—Tales palabras, mi tío,—no las puedo soportar;  
mas quiero morir por ellas—que vevir sin las mirar.  
Quien a mí bien me quisiere,—no cure de me llorar,  
que no muero por traidor—nin por los dados jugar;  
muero yo por mi señora,—que no me puede penar,  
pues el yerro que yo fice—no fué mucho de culpar. [1]

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos XV y XVI*, núm. 329.)

[p. 73] 56

### ROMANCE DEL CONDE CLÁROS.—II

Dormiendo está el conde Cláros—la siesta por descansar,  
porque la noche pasada—la pudo reposar,  
dando vueltas en la cama—del secreto desear,  
sopiros no le dejaban—congoja no le da lugar,  
por amores de la infanta—su señora natural.  
Da voces al camarero—que se quiera levantar:  
vístese un jubon chapado—que no se puede estimar,  
y de oro de martillo—un mote muy de notar  
en el brazo, que decía:—«¡Gran dolor es desear!»  
Unas calzas bigarradas—con perlas ricas sin par,  
el mote dellas decía:—«No tiene precio mi mal.»  
Unos zapatos franceses—de un carmesí singular,

con unas letras de oro—relumbran como cristal.  
El mote dellas decía:—«Estas arden sin quemar.»  
Una ropa rozagante,—encima un rico collar,  
con un mote que decía:—«Es mi dolor sin igual!»  
Una gorra en la cabeza—que bien vale una ciudad;  
con tres *íes* coronadas—dice el mote a mi pensar:  
«¡Es tan alto mi deseo — que no hay mas que desear!»  
Y doce mozos d'espuelas—para le acompañar,  
vestidos de los colores—d'apuella dama real.  
Los jubones de morado,—sayos de desesperar,  
todas las mangas derechas—las hizo el conde broslar  
con unas matas de ruda,—que querían ya granar;  
el mote d'ellas decía:—«¡Mas amarga el esperar!»  
Cabalga en una hacanea—la cual hizo ataviar  
de una guarnición muy rica,—y las riendas, y el petral  
lleno de unas campanillas—de oro y no de metal,  
y unas lágrimas sembradas—y el mote para notar:  
«Sin doleros vos, señora,—nada se puede acabar.»  
Vase para los palacios—donde la infanta está.  
La infanta estaba sola—en su cámara real,  
deseando ver al conde—para poderle avisar.  
Con un brial de oro tirado,—que no lo podía llevar,  
bordado de claras boyas—y de delfines del mar,  
y un mote de letras de oro—que decía en el brial:  
«Anuncian claras señales—mi gloria poco durar.»  
Un carbunco en la cabeza—de precio sin tener par,  
con un mote que decía:—«¿Qu'es el precio en tal lugar?»  
[p. 74] Y un mote de diamantes—que decía en un collar:  
«Ante vos, piedras preciosas—son arenas de la mar.»  
Llamara el conde a la puerta—abriérala sin tardar:  
dió consigo de rodillas—por las manos le besar.  
Díjole:—Levantáos, conde,—que n'os las tengo de dar;  
pues amor os dió ventura,—sabedla vos bien gozar.  
Yo he sabido de la reina,—qu'el rey vos manda matar,  
pues tovistes osadía—de amar en tal lugar.—  
Respondió el conde: «Señora,—¿quién a mi osará llegar,  
siendo yo favocerido—de vuestra alteza real?  
¡Mirad qué desdicha de conde—no tener quien le avisar!  
Qu'entrara el rey tan a paso—que le pudo saltar.  
Dijo el rey con grande enojo:—«Conde, conde, este lugar  
llámase *noli me tangere*,— el cual la vida suele costar:  
mas por vuestro atrevimiento—y'os haré tal pena dar  
cual se da a aquellos que ofenden—a nuestra corona real.  
Y respondió el conde: «Señor,—vine por vos suplicar,  
me diédes mis condados—que me querían casar.»  
—«Esas excusas, el conde,—no son para os disculpar,

que si algo tenía vuestro—n'os lo había de tomar.»—  
Volvióse para su hija—dijo: «Hija, ¿este pesar  
me teniades guardado—para me desconsolar?»  
Mandara secretamente—al conde en hierros echar.  
Mandó llamar a su consejo—en su cámara real:  
como con rey y con reina—hácenle mal sentenciar:  
dieron por sentencia al conde—que le hayan de degollar.  
En el patio del palacio—un cadahalso mandó armar,  
todo cubierto de negro—y hachas del mismo metal.  
Otro día en la mañana—sácanlo a degollar  
al conde, entre dos obispos—y su tío el cardenal.  
Tras él iban sus parientes—llenos de luto y pesar:  
delante iban los galanes—dando voces a la par.  
—«Más envidia os hemos, conde,—que mancilla ni pesar,  
porque tal muerte como esta—por vida se ha de contar.»  
Tras ellos iban las damas—diciendo: «Galanes, llorad,  
que su muerte es la disculpa—con que os hemos de pagar.»  
En llegando al cadahalso—adonde el buen rey está,  
las trompetas bastardas—comenzaron a sonar  
un triste son dolorido—que a todos hace llorar.  
Luego los reyes de armas—comienzan de pregonar:  
«Caballeros y galanes,—que de amor quereis tratar,  
de las hijas de los reyes—os debeis mucho apartar,  
que la muerte del conde Claros—os debe de escarmentar.»  
Así hablara el conde:—«Tambien habeis de publicar  
que lo mucho con lo poco—mal se puede galardonar.»  
Tómanlo los dos verdugos,—y hiciéronlo arrodillar:  
[p. 75] con cuchillo de crueza—lo fueron a degollar.  
Mandó el rey muy crudamente—el su corazón sacar,  
y entre dos platos de oro—a la infanta empresentar.  
Llevara el paje los platos—no cesando de llorar:  
tomaráselos la infanta,—hízolos descobijar.  
Desque vido el corazón—empezóse de alterar.  
Díjole: «Mi corazón,—¿quién os pudo así parar?  
Si supiera vuestra muerte—triste, yo vos fuera ayudar.»  
Allí viniera la reina—por podella consolar.  
—«Callede, hija, callede,—no querades mas llorar,  
que aunque al buen conde perdiste,—mejor os entiendo casar,  
hombres hay en las mis cortes—que con vos pueden casar.»  
Díjole: «Madre y señora,—no me querais consolar,  
qu'el marido que tenía—vos lo habeis hecho matar.»  
Tantas daba de las voces,—maravilla es de mirar.  
Trastornósele el sentido—y el corazón de pesar.  
—¿Qu'es de tí, el mi conde Claros?—¿Adónde te iré a buscar?  
¿Qué son de tus atavios?—¿Qué se hizo tu triunfar?  
¿Qué fué de las invenciones—qué fué del dulce trovar?

¿Qué fueron de los torneos—y justas que ibas a armar?»  
Tantas lágrimas vertía,—que hobo de reventar.  
El rey a los dos amantes—juntos los mandó enterrar  
en una rica sepultura—y de oro esmaltar,  
con un mote que decía:—«Ventura no dió lugar.» [1]

(*Romance del conde Cláros, nuevamente trobado por otra manera. Fecho por Antón Pansac, andaluz.* Pliego suelto de la Biblioteca de Campo-Alange, hoy de la Nacional.- Gallardo, *Ensayo*, III, 1078-1082.- Durán, *Romancero*, núm. 363. Este último hizo bastantes enmiendas, y modernizó el texto, según su costumbre. Salvá (núm. 85 de su Catálogo) poseyó otra edición más antigua que la que lleva el nombre de Pansac: *Romance del conde Claros nuevamente trobado por otra manera, fecho por Juán de Búrgos.*)

[p. 76] 57

### **Romance de Gayferos**

Si d' amor pena sentís,—por mesura y por bondat,  
caballero, si a Francia is,—por Gayferos preguntad,  
y decilde que su amiga—se le envia a encomendar.  
Que sus justas y torneos—bien lo supimos acá,  
qu' él salió más gentilhombre—para a las damas loar.  
Decilde por nueva cierta—como me quieren casar;  
mañana hago mis bodas—con uno d' allende el mar. [1]

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos XV y XVI*, núm. 323.)

### [p. 77] ROMANCES DE ASUNTO BÍBLICO

58

### **Romance viejo de cómo Matatías llora la destrucción de Jerusalén**

«¡Ay de mí! dice el buen padre,— cinco hijos que tenía:  
¿Por qué viví tanto tiempo—que alcanzase aqueste día?  
Que viera la ciudad santa,—con dolor del alma mía,  
en poder del enemigo—que piedad no tenía,  
de matar vieios y mozos—y robar cuanto podía;  
compeliendo a sacrificio—a la su idolatría.  
Por su mal se levantó—el que adorarle quería,  
que por su mano murió—sobre el ara do yacía.»

(*Libro de música de vihuela intitulado Silva de Sirenas... compuesto por Enríquez de Valderrábano... Valladolid, 1547.*)

## Otro romance viejo, de como el profeta Elías huyó por el desierto, porque le quería matar Jezabél

Adormido se ha el buen vieio—del cansancio que traía,  
a la sombra de un enebro—que otro árbol no le había,  
rogando a Dios que le mate—y le saque desta vida,  
pues llevó a tantos buenos—que le hacían compañía.  
Él, que estaba ya dormido,—oyó una voz que decía:  
«Levántate y come luego—deste pan que te traía.»  
Apenas hobo comido—que otra vez se adormescía,  
y luego le despertó—el ángel que era su guía.

(Valderrábano, *Silva de Sirenas*.)

[p. 78] 60

## Otro romance viejo o historia de Judich, cuando siendo viuda degolló a Holofernes

En la ciudad de Betulia,—Judich quiso dejar  
el luto que había guardado,—del contino sospirar.  
Vestida muy ricamente,—que era gloria de mirar,  
pártese para la hueste—para a Holofernes hablar:  
«Si te pluguiese, Holofernes—me quisieses escuchar.»  
—«Mas suplicote, señora—conmigo quieras cenar.»  
Holofernes fué tan ciego,—que se quiso embriagar.  
Grande esfuerzo fué a Judich,—pues le pudo degollar,  
a aquel que puesto tenía—el ejército sin par;  
y fué causa la su muerte—se hobiese de retirar.

(Valderrábano, *Silva de Sirenas*.) [\[1\]](#)

[p. 79]

## NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[\[p. 13\].<sup>\[1\]</sup>](#) . «Hacía.»

[\[p. 13\].<sup>\[2\]</sup>](#) . «Vido.»

[\[p. 13\].<sup>\[3\]</sup>](#) . «Dimonio.»

[p. 13]. [4] . «Fuí.»

[p. 13]. [5] . «Que más que la noche.»

[p. 13]. [6] . «Hiciste.»

[p. 13]. [7] . En el *Cancionero Musical de los siglos XV y XVI* publicado por don Francisco Asenjo Barbieri (núm. 323), hay dos versos de un romance desconocido del rey D. Rodrigo:

Rómpase la sepultura—porque más penes contigo,  
el mayor y sin ventura—d'España rey don Rodrigo.

[p. 14]. [1] . Este romance es sustancialmente el mismo que tiene en la *Primavera* el número 17, pero se reproduce aquí porque el texto glosado por Alcaudete tiene algunas variantes, y es más antiguo que el del *Canc. de Rom.* y el de la *Silva* de Zaragoza.

[p. 16]. [1] . Wolf, en el apéndice a su tratado *Ueber eine Sammlung spanischer Romanzen in fliegenden Blättern*, reimprimió este romance, pero le excluyó de la *Primavera* por calificarle de erudito. Por igual regla hubiera debido suprimir los dos que comienzan «Preso está Fernan Gonzalez», que son del mismo tono y estilo, y están sacados igualmente de la prosa de las crónicas. Tanto por esta razón, como por contener un motivo épico que no se halla tratado en los otros romances genuinamente populares, se pone aquí para completar el ciclo de Fernán González. No se halla en el *Romancero* de Durán.

[p. 17]. [1] . Es variante muy abreviada del número 16 de la Primavera.

[p. 18]. [1] . «Sentárame a la mesa.» Ms. B.R.

[p. 18]. [2] . Falta este verso en el ms. de Palacio.

[p. 18]. [3] . «Un presente me han traído enseñártele quería.» B. R.

[p. 18]. [4] . «Son estas ocho cabezas.» B. R.

[p. 18]. [5] . «Y el ayo que los traía.» B. R.

[p. 18]. [6] . «Temian», dice el ms. de Barcelona. Tenian corrigió Milá. El ms. de Palacio dice: «Pero viendo que atendía.»

[p. 18]. [7] . «Ver mi pecho entre los moros.» B. R.

[p. 18]. [8] . «De que moriría rabiando y de llorar cegaría.» B. R.

[p. 18]. [9] . Medio es corrección indicada por Milá. El ms. de Barcelona dice muerto, el de Palacio vuelto.

[p. 18]. [10] . «Non por Rodrigo el traidor se acabaron mis fatigas.» B. R.

[p. 18]. [11] . Falta este verso en el ms. de Palacio.

[p. 19]. [1] . «Ni porque mis fijos cuente—y los plaña cada día.» B. R.

[p. 19]. [2] . Aquí añade el ms. de Palacio un verso:

«Y dando amenazas tantas,—santos, facedme justicia.»

[p. 19]. [3] . Así en el ms.; pero parece que debe de ser *hierba*, y no *hiedra*.

[p. 19]. [4] . Así está en el ms., pero la lección es evidentemente errada, como notó el Sr. Foulché Delbosc. En las palabras alteradas debían de contenerse los nombres de los moros *Viara* y *Galve* citados por la *Crónica General*, o del *moro Alicante*, de quien habla la Crónica de 1344. Acaso el traductor del romance mezcló ambos textos. Propongo esta restitución conjetural:

«Ni os quitaran las cabezas—Alicante ni Viara.

[p. 20]. [1] . Creo que puede conservarse la lección del código, leyendo en una sola palabra *parsiento*, que tiene trazas de ser voz despectiva a estilo de *harapiento*.

[p. 22]. [1] . Ni este romance, ni los dos anteriores (que quizá sean de un mismo poeta) pueden calificarse de populares, pero se insertan aquí por completar un ciclo épico, siguiendo el ejemplo de Wolf, que admitió los dos que comienzan:

«¿Quién es aquel caballero—que tan gran traición hacía...»

«Cansados de pelear—los seis hermanos yacían...»

a pesar de tener autor conocido, que es el Caballero Cesáreo, amigo de Lorenzo de Sepúlveda (n. 21 y 22).

[p. 28]. [1] . D. Aureliano Fernández Guerra, en el discurso académico de contestación al de su hermano D. Luis (1873), dice que «este romance se escribió el año 1368, al infestar la superior margen derecha del Guadalquivir Mahomad V, rey de Granada, contando con la traición estéril de un

mal caballero cristiano.» Pero como no consta que entonces fuese cercada Baeza, aunque sí saqueados Úbeda y Jaén, acaso pueda referirse con más probabilidad al memorable y glorioso cerco que aquella ciudad sostuvo en 1407.

[p. 32]. [1] . Aunque Durán calificó este romance de morisco, dándole además el caprichoso título de Boabdil y Vindaraja, no cabe duda que pertenece al género de los fronterizos, y que está fundado en el hecho histórico de la toma de Antequera por el infante D. Fernando. Los cinco últimos versos son artísticos, y malos; pero lo restante del romance parece del buen tiempo. Acaso le refundiría Timoneda, añadiéndole un tan desdichado final. El mismo Timoneda hizo de él una mala imitación que empieza:

Suspira por Antequera—el rey moro de Granada...

Wolf le incluyó con el núm. 76 en la Primavera, aunque lo merecía bastante menos que éste.

[p. 32]. [2] . Aquí queda interrumpido en el Cancionero de Palacio, que sirvió de texto al de Barbieri, este romance, cuya música es de F. de la Torre. La rendición de Ronda corresponde al año 1485. En el mismo Cancionero (núm.332) se halla otro romance relativo al cerco de Setenil en 1484; pero tanto por estar incompleto al principio, como por ser extraordinariamente prosaico y desmañado, en estilo como de gaceta, no merece figurar aquí. Con el núm. 335 hay este principio de otro romance fronterizo, con música de F. de la Torre:

Por los campos de los moros  
el rey don Fernando iba,  
sus batallas ordenadas  
¡oh cuán bien que parecía!...

[p. 33]. [1] . La ciudad de Baza se entregó a los Reyes Católicos en 4 de diciembre de 1489.

En el mismo *Cancionero* de Barbieri (núm. 318) se conserva la primera copla de otro romance fronterizo, acompañada de su música:

Caballeros de Alcalá  
entrastes a facer presa  
et fallastes un morillo  
entre Estepona y Marbella.

«Parece estar en muy inmediata relación con el que empieza *Caballeros de Moclin* (núm. 77 de la *Primavera*), porque ambos son del mismo asonante, y en ambos se trata de los *Caballeros de Alcalá*.» (Nota de Barbieri.) 1. En 1491 el infante D. Alfonso, príncipe heredero de Portugal, y yerno de los Reyes Católicos, murió a los diez y seis años de una caída de caballo que dió cerca del Castillo de Almeirín. ¿Esta canción, seguramente popular, sirvió de base al romance artístico que sobre el mismo asunto compuso Fray Ambrosio Montesino, y se halla en su *Cancionero Espiritual*; o al revés, la composición del poeta culto, que por una feliz inspiración se había asimilado el tono de los romances heroicos, fué luego adaptada, abreviada y cantada por el pueblo, añadiendo los juglares el

estribillo? Gastón París sostiene la primera de estas opiniones, y Milá y Fontanals la segunda.

[p. 38]. [1] . Es refundición, hecha probablemente por el editor Timoneda, del romance anterior.

[p. 39]. [1] . En este romance se fundan una comedia de Lope de Vega y otra de Luis Vélez de Guevara, ambas con el título de *La Serrana de la Vera*, y lo que es más extraordinario, un auto sacramental del maestro José de Valdivielso *La Serrana de Plasencia*. En todas estas obras dramáticas se intercalan versos del romance. Así Lope:

«Salteóme la serrana  
junto al pié de la cabaña.  
La serrana de la Vera  
ojigarza, rubia y branca,  
que un robre a brazos arranca,  
tan hermosa como fiera,  
viniendo de Talavera  
ma salteó en la montaña  
junto al pié de la cabaña.  
Yendo desapercibido  
me dijo desde un otero:  
«Dios os guarde, caballero»;  
yo dije: «Bien seais venida.»  
Luchando a brazo partido  
rendíme a su fuerza extraña,  
junto al pié de la cabaña,»

Todavía es mas clara la derivación en Luis Vélez, que conserva la forma de romance:

«Allá en Garganta la Olla  
en la Vera de Plasencia,  
salteóme una serrana  
blanca, rubia, ojimorena.  
Botin argentado calza,  
media pajiza de seda,  
alta basquiña de grana,  
que descubre media pierna.  
Sobre cuerpos de palmilla  
suelto airosamente lleva  
un capote de dos faldas  
hecho de la misma mezcla.  
El cabello sobre el hombro  
lleva, partido en dos crenchas  
y una montera redonda,  
de plumas blancas y negras.  
De una pretina dorada

dorados frescos le cuelgan,  
al lado izquierdo un cuchillo  
y en el hombro una escopeta.  
Si saltea con las armas,  
también con ojos saltea...»

Y finalmente, Valdivielso, que trovó a lo divino un asunto tan profano:

«Allá en Garganta-la-Olla,  
en la Vera de Plasencia,  
salteóme una serrana,  
pelirrubia, ojimorena,  
recogidos los cabellos  
debajo de una montera,  
una ballesta en el hombro  
y su espada en la correa,  
a saltar caminantes  
se sale por la ladera.  
Quiso Dios y mi ventura  
que me encontrase con ella...»

Azedo trae una variante de poca importancia, y parece que otras más degeneradas se conservan todavía en la tradición oral de Extremadura. El romance de *La Serrana* puede considerarse como de transición entre los populares y los vulgares, y tiene la curiosidad de ser una de las más antiguas canciones de bandidos y facinerosos, género que abundó luego lastimosamente en la poesía vulgar así de Castilla como de Cataluña.

[p. 40]. [1] . Sólo los primeros versos de este romance, sin duda de asunto histórico, nos conservó Fuenllana en las notas musicales de su libro. En la imposibilidad de restablecerle hoy, recurrimos a una glosa a lo divino, que se encuentra en un pliego suelto de la Biblioteca del duque de T'Serclaes (Sevilla), y que deja entrever algo de lo que pudo ser el romance original.

[p. 41]. [1] . Este y los cinco versos siguientes deben cotejarse con el fragmento del romance primitivo que tiene en *La Primavera* el núm. 125.

[p. 42]. [1] . Parece fragmento de algún romance histórico. En el mismo *Cancionero* se halla, bajo el núm. 324, este principio de otro romance que puede aludir a la reina D.<sup>a</sup> Isabel (madre de la Reina Católica), que pasó los años de su triste viudez retirada en Arévalo, donde murió en 15 de agosto de 1496:

Yo me soy la reina viuda,  
reina que fué de Castilla;  
en placer me vi, ¡cuitada!  
Agora con triste vida.

No puede aludir a D.<sup>a</sup> Juana la Loca, a quien nadie llamaba *Reina* viuda, puesto que era reina propietaria.

[p. 43]. [1] . Conformándonos con la clasificación de Wolf, ponemos estos cuatro romances entre los novelescos y caballerescos sueltos, aunque por su asunto son mitológicos, si bien la mitología está tratada en ellos de un modo romántico. Los tres primeros proceden de la *Crónica Troyana*.

[p. 44]. [1] . Este romance va acompañado, en ambos pliegos sueltos, de una glosa, a estilo trovadoresco, hecha por Villatoro, de quien hay otras poesías análogas.

[p. 46]. [1] . Este romance, que sin duda alguna no está completo, era ya muy popular en 1492. Cita los dos primeros versos el Maestro Antonio de Nebrija en su Gramática Castellana (capítulo VII):

Morir se quiere Alexandre  
de dolor del corazón.  
Envió por sus maestros  
cuantos en el mundo son.

«Los que lo cantan, porque hallan corto e escasso aquel último espondeo, suplen e rehazen lo que falta; por aquella figura que los gramáticos llaman paragoge: la qual, como diremos en otro lugar, es añadidura de sílaba en fin de la palabra, e por corazón e son dicen corazone e sone.»

[p. 48]. [1] . Tienen los primeros versos de este romance estrecho parentesco con otros del núm. 30, que colocamos con alguna duda entre los históricos.

[p. 48]. [2] . Este romance pertenece en rigor a la poesía artística, pero contiene rasgos populares, por lo cual se le da hospitalidad aquí.

[p. 49]. [1] . El mismo Barbieri trae con el núm. 326 el principio de otro romance, al parecer del mismo género:

Dormiendo está el caballero  
que vino muy quebrantado  
mensagero le despierta  
del sueño muy pesado.

[p. 49]. [2] . L'infante,

[p. 49]. [3] . Muy apriesa.

[p. 49]. [4] . Al buen rey hacen llorar.

[p. 49]. [5] . Magnífico y singular.

[p. 49]. [6] . Venturar.

[p. 49]. [7] . Que aquesto oyera.

[p. 49]. [8] . Que aun sois pequeño y niño.

[p. 50]. [1] . Yo me la quiero tomar.

[p. 50]. [2] . Qué a mí me hace penar.

[p. 50]. [3] . No me dejan reposar.

[p. 50]. [4] . Puedo holgar.

[p. 50]. [5] . Nuevas ciertas me trujeron.

[p. 50]. [6] . De su hermosura y beldad.

[p. 50]. [7] . De.

[p. 50]. [8] . Porque si yo no la hallo.

[p. 50]. [9] . Será.

[p. 50]. [10] . A abrazar.

[p. 50]. [11] . Se lo fué.

[p. 50]. [12] . Y él vos quiera encaminar.

[p. 50]. [13] . Os.

[p. 50]. [14] . Llevaréis.

[p. 50]. [15] . Para vuestro cabalgar.

[p. 50]. [16] . La cual.

[p. 50]. [17] . Cuando miraba un castillo.

[p. 50]. [18] . Cercánlo al derredor.

[p. 50]. [19] . Por dó entrar.

[p. 50]. [20] . Manda poner las escalas.

[p. 50]. [21] . Para haberlo.

[p. 51]. [1] . Subiéndose va por ellas.

[p. 51]. [2] . Y vanse.

[p. 51]. [3] . Se solía deleitar.

[p. 51]. [4] . Que era gloria.

[p. 51]. [5] . Que la van acompañar.

[p. 51]. [6] . Se aparta.

[p. 51]. [7] . Que sola se quería andar.

[p. 51]. [8] . El infante que la vido.

[p. 51]. [9] . A ella llegado se ha.

[p. 51]. [10] . Luego se fué a turbar.

[p. 51]. [11] . Como rosa.

[p. 51]. [12] . Suprímese el y, como pide el metro.

[p. 51]. [13] . Consejo os demando, tío.

[p. 51]. [14] . Vos me querais aconsejar.

[p. 51]. [15] . Falta *el*.

[p. 51]. [16] . No sintiese.

[p. 51]. [17] . Mandarnos ha.

[p. 51]. [18] . Con muerte de traidores.

[p. 51]. [19] . Tómala luego.

[p. 51]. [20] . En los.

[p. 51]. [21] . Íbanse.

[p. 51]. [22] . Para la escala.

[p. 51]. [23] . Muy quedito.

[p. 51]. [24] . Falta el muy.

[p. 51]. [25] . Que me llevaban.

[p. 51]. [26] . Para echarme.

[p. 52]. [1] . No queráis así hablar.

[p. 52]. [2] . Que puede,

[p. 52]. [3] . Del mar.

[p. 52]. [4] . Ni los.

[p. 52]. [5] . Falta el *luego*.

[p. 52]. [6] . Por hablar con la infanta.

[p. 52]. [7] . Y haberla de aconsolar.

[p. 52]. [8] . Falta el *se*.

[p. 52]. [9] . En los.

[p. 52]. [10] . Falta este verso en Gallardo.

[p. 52]. [11] . Metíola en una cámara.

[p. 52]. [12] . Falta él.

[p. 52]. [13] . Y desde esto ovieron pasado.

[p. 52]. [14] . El infante Turián.

[p. 52]. [15] . Pues vos sois todo mi bien.

[p. 52]. [16] . Pues.

[p. 52]. [17] . Mi alma.

[p. 52]. [18] . No queráis así llorar.

[p. 53]. [1] . Y que todas las mis tierras.

[p. 53]. [2] . Mandadme.

[p. 53]. [3] . A vuestro mandar.

[p. 53]. [4] . Y a mi me llaman Turián.

[p. 53]. [5] . Falta el gran.

[p. 53]. [6] . A caminar.

[p. 53]. [7] . Debía.

[p. 53]. [8] . Es causa dello Floreta.

[p. 53]. [9] . Y el infante Turián.

[p. 53]. [10] . Y la de todos en general.

[p. 53]. [11] . Y.

[p. 53]. [12] . En ausencia.

[p. 53]. [13] . Empezaba.

[p. 53]. [14] . Y el suyo.

[p. 53]. [15] . Mortecido en tierra cae.

[p. 53]. [16] . Ninguna cosa.

[p. 53]. [17] . Os tiene.

[p. 54]. [1] .Que no buscamos vuestra muerte.

[p. 54]. [2] .Si no cómo os salvar.

[p. 54]. [3] .A mi vos fué a encomendar.

[p. 54]. [4] .Que del mal os desviase y al bien os hiciese allegar.

[p. 54]. [5] .Por la tierra y por la mar.

[p. 54]. [6] .Yo vos querría librar.

[p. 54]. [7] .A la estancia adonde está.

[p. 54]. [8] .Que lastiman la mi alma.

[p. 54]. [9] .Y me causan gran pesar.

[p. 54]. [10] .Muerta cae

[p. 54]. [11] .Falta el yo..

[p. 54]. [12] .Que me quiera salvar.

[p. 54]. [13] .Pues me sacastes, infante.

[p. 54]. [14] .Fresco.

[p. 54]. [15] .Ser amiga.

[p. 54]. [16] .Que esto viera.

[p. 54]. [17] .Dexadme, el conde mi tío, no me queráis maltratar.

[p. 54]. [18] .Dexádmela hablar.

[p. 54]. [19] .Dexádmela aconsolar.

[p. 54]. [20] .Verso del romance del *conde Cláros*.

[p. 54]. [21] .Falta este verso en Gallardo.

[p. 55]. [1] . Quiérase vos.

[p. 55]. [2] . A echar.

[p. 55]. [3] . Oyó.

[p. 55]. [4] . Que vos querais.

[p. 55]. [5] . Que por mi haya de pasar.

[p. 55]. [6] . Que me querais.

[p. 55]. [7] . Falta el a.

[p. 55]. [8] . Ni la querades hacer mal.

[p. 55]. [9] . Peña.

[p. 55]. [10] . Que está en medio de la mar.

[p. 55]. [11] . Falta el *buen*.

[p. 55]. [12] . Para dejalla en la mar.

[p. 55]. [13] . En aquella peña.

[p. 55]. [14] . Quisiere.

[p. 55]. [15] . No mas de para cantar.

[p. 55]. [16] . Este verso en que consta el nombre del juglar que hizo o remendó este romance falta en el pliego suelto que vió Gallardo, pero está en el de Praga. Por esta razón de tener autor conocido (si

es autor realmente) le omitió Wolf en la *Primavera*, aunque la misma regla hubiera podido aplicar a *El conde Alarcos*, que lleva en varias ediciones el nombre de Pedro de Riaño. Por lo demás, es evidente que los largos romances juglarescos, que abundan tanto en el ciclo carolingio, carecen, conste o no su autor, del carácter objetivo e impersonal propio de la primitiva poesía épica, y son elaboraciones de un versificador más o menos hábil, que utiliza siempre elementos preexistentes, o combina fragmentos épicos de diversas canciones.

El que escribió el romance del *infante Turián* se inspiró en un libro de caballerías en prosa que lleva por título *La historia del rey Canamór y del infante Turián su hijo y de las grandes aventuras que ovieron... Sevilla, por Jacobo Cromberger, alemán, 1528. a 18 días de Julio*. Hay otras ediciones, todas de Sevilla, 1546, 1550, 1558, 1567, rarísimas todas.

[p. 61]. [1] . Inclúyese aquí este romance juglaresco por las mismas razones que el anterior. Su argumento está tomado de un libro de caballerías cuyo título es *Floriseo que por otro nombre es llamado el Caballero del Desierto, el qual por su gran esfuerzo y mucho saber alcanzó a ser rey de Bohemia. Compuesto por Fernando Bernal. Valencia, por Diego Gumiel a 10 de mayo de 1516*.

Como todos los romances de su clase, el presente contiene muchas reminiscencias de las genuinas canciones populares. Copia versos del *conde Claros* y del *conde Arnaldos*.

[p. 61]. [2] . Es una variante del núm. 150 de la *Primavera*. El final difiere del todo. Parece remendado por alguien que no recordaba íntegro el romance, y le acabó de cualquier modo. La comparación de la *misa rezada*, que aquí es absurda, está tomada del segundo romance de D. Tristan (146, a), donde es graciosa, aunque irreverente.

[p. 62]. [1] . Está ya en la *Primavera* con el núm. 156, pero no habiendo podido ver Wolf el pliego suelto de Juan de Ribera donde este romance se contiene, tuvo que fiarse del *Romancero* de Durán, que enmendó el texto, según su costumbre. Aquí le reproducimos conforme a la copia de Gallardo. Las principales variantes van marcadas con letra bastardilla.

[p. 66]. [1] . El asunto de este romance es muy análogo al de la libertad de la emperatriz de Alemania por el conde de Barcelona, núm. 162 de la *Primavera*.

[p. 68]. [1] . De este importantísimo romance, desconocido hasta hoy, según creemos, sólo figuraba en las colecciones el fragmento que tiene en la *Primavera* el núm. 183.

[p. 69]. [1] . Es una variante curiosísima del 169 de la *Primavera*:

Tan claro hace la luna—como el sol a mediodía.

En el texto del Cancionero de Romances seguido por Wolf y Hofmann, no se encuentra rastro del último verso, y acaba el romance con la promesa que hace la mora de volverse cristiana.

Hubo otra versión de este romance, de la cual quedan algunos versos en el Libro de música de

vihuela de mano de Luis Milán (Valencia, 1535):

«¿Sospirastes Valdovinos  
la cosa que más quería?  
O teneis miedo a los moros  
o en Francia teneis amiga.»  
—«No tengo miedo a los moros  
ni en Francia tengo amiga,  
mas tú mora y yo cristiano  
hacemos muy mala vida,  
Si te vas conmigo en Francia  
todo nos será alegría,  
haré justas y torneos  
por servirte cada día,  
y serás la flor del mundo  
de mejor caballería;  
yo seré tu caballero,  
tú serás mi linda amiga.»

[p. 69]. [2] . Una alta montaña. (Cancionero de Évora.)

[p. 70]. [1] . Para enviárselo.

[p. 70]. [2] . Estos dos versos difieren enteramente en el manuscrito de Évora:

Y estando se lo sacando  
mil veces se desmayaba,  
y despues de vuelto en si  
desta manera le habla.

[p. 71]. [1] . Es una refundición semi-artística del

*Muerto yace Durandarte* (núm. 182 de la *Primavera*).

Hubo alguna otra versión del mismo tema.

En un pliego suelto de Argüello se cita, entre otros romances y villancicos viejos, uno que empezaba:

Muerto queda Durandarte  
al pié de aquella montaña,  
tan malas lanzadas tiene  
que le atraviesan el alma.

[p. 72]. [1] . Es el más antiguo texto conocido de un fragmento del Conde Clá ros. Fué puesto en

música por Juan del Enzina.

[p. 75]. [1] . Es romance juglaresco, que quizá excluyó Wolf por tener nombre de autor, puesto que en un pliego suelto se atribuye a Antonio de Pansac y en otro a Juan de Burgos, los cuales probablemente serían meros refundidores. El romance, por otra parte, como casi todos los de su clase, es una taracea de otros anteriores, y aun puede considerarse como una refundición del 192 de la *Primavera*, pero ofrece la importante novedad de introducir una catástrofe semejante a las leyendas de Cabestanh y de la dama de Fayel. Los últimos versos del romance parecen reminiscencia de un paso muy sabido de las coplas de Jorge Manrique.

[p. 76]. [1] . Es un fragmento, con variantes, de Asentado está Gayferos.

[p. 78]. [1] . Sólo por estar calificados de *viejos* en un libro que lo es bastante, puesto que data de 1547, se ponen aquí estos tres romances, a pesar de haber excluido Wolf de su colección todos los de asunto bíblico.

Además de los romances viejos que en esta colección van recogidos, y de los que han dejado vestigios en las comedias, y de los que persisten todavía, más o menos degenerados, en la tradición oral, hubo otros muchos, de algunos de los cuales quedan rastros en varias partes, y que quizá parezcan el día menos pensado. Anotaremos algunas referencias.

Antonio de Nebrija, en su *Arte de la lengua Castellana* (1492, cap. V), cita tres versos de un romance de Lanzarote, idénticos por el sentido a otros del núm. 147 de la *Primavera*, pero que corresponden a una variante distinta, por ser diverso el asonante: «Nuestros mayores (dice Nebrija) no eran tan ambiciosos en tassar los consonantes, e harto les parecía que bastaba la semejanza de las vocales aunque no se consiguiese la de las consonantes. E assí fazían consonar «santa, morada, alva.» Como en aquel romance:

Digas tú buen ermitaño  
que hazes la vida santa,  
aquel ciervo del pié blanco  
donde haze su morada?  
—Por aquí pasó esta noche  
una hora antes del alva.

En el cap. VIII cita el romance actual, calificándole de *antiguo*:

«Digas tú buen ermitaño  
que hazes la santa vida,  
¿aquel ciervo del pié blanco  
dónde hace su manida?»

En la famosa obra de Francisco de Salinas (*De Musica libri septem*, Salamanca, 1577), he notado los siguientes principios de romances (acompañados de su notación), y quizá se me hayan pasado algunos:

A caballo va Bernardo... (P. 307).

En la ciudad de Toledo  
donde los hidalgos son (P. 309).  
¿Dónde son estas serranas?  
del pinar de Ávila son (333).  
Yo me iba mi madre  
a Villareale (397).

De romances conocidos he encontrado estas menciones:

Los brazos traigo cansados  
de los muertos rodear (384)  
Conde Claros con amores  
no podía reposar (346).  
Retrayda esta la infanta  
bien así como solía (346).

Llama *antiquissimus et simplicissimus* al tono de los romances.

En el *Libro de música de vihuela de mano, intitulado El Maestro* de Luis Milán (Valencia, 1535), hay un fragmento que completa y modifica el núm. 125 de la *Primavera*:

Con pavor recordó el moro  
y empezó de gritos dar:  
mis arreos son las armas  
mi descanso es pelear,  
mi cama las duras peñas  
mi dormir siempre velar,  
mis vestidos son pesares  
que no se pueden rasgar.

En Fuenllana, *Libro de música para vihuela, intitulado Orphenica lyra* (Sevilla, 1554) se lee este comienzo de romance, que es variante del 74 de la *Primavera*:

*De Antaquera sale el moro,  
de Antequera se salía,  
cartas llevaba en su mano,  
cartas de mansajería.*

En la colección de pliegos sueltos de la Biblioteca de Praga, que dió a conocer Wolf, hay una *Ensalada de muchos romances viejos y cantarillos*, entre los cuales figuran los siguientes, no conocidos hasta ahora (aunque sí, a veces, otros análogos), debiendo advertirse que no siempre se designaban los romances por el primer verso, sino también a veces por el más conocido:

En Troya entran los griegos  
tres y tres y cuatro a cuatro.....  
¿Qué me distes, Moriana?  
¿Qué me distes en el vino?....  
Cuando el conde don Julian  
pasó de la Berbería.....  
yo me estando en un vergel  
cogiendo rosas y flores...  
En Castilla no había rey,  
ni menos gobernador....  
A caza va el rey don Bueso  
por los montes a cazar...  
Por el juego de los dados  
siempre se revuelve mal....  
Moritos de Colomera  
con los moros de Granada....  
Pregonadas son las cortes  
en los reinos comarcanos....  
Alégrate, gran Sevilla  
flor de todas las ciudades.....  
La mujer de Arnaldos  
cuando en misa entró....  
Ya se sale Melisendra  
de los baños de bañar....  
Dígame tú, el ruiñeñor  
que haces la triste vida....  
En Valencia está el buen Cid  
en esa iglesia mayor....